

JAVIER SARASOLA RUIZ

El Tren de las cosas perdidas

Novela

[redacted]

EL TREN DE LAS COSAS PERDIDAS

Javier Sarasola Ruiz

El tren de las cosas perdidas



El tren de las cosas perdidas

Dirección Editorial: Ramiro Arias
Diagramación: Doris Lovato
Diseño portada: Verónica López Yánez
Ilustraciones: Verónica López Yánez

Eskeletra Editorial
12 de Octubre y Roca (esq.)1 piso Ofic. 102
Telefax: 2556691 / Casilla postal 164-B Quito
E-mail: eskeletra@hotmail.com
Web: www.eskeletra.com
Derecho de autor: N°. de Asistente Registral en el Registro General de la propiedad Intelectual de España.00/2015/2221
ISBN: 978-9978-16-251-4

Imagenpress. s.a.
Impreso en Ecuador

Todos nacemos siendo hijos de lo imposible,
destinados a tocar las estrellas con las puntas
de los dedos. Con el tiempo, sólo unos pocos
permanecen en su ser... Mientras, el resto vive
a la sombra de su extraordinario potencial.

Para Daniel Ruiz Villa, que tanto me
enseñó sobre sueños y utopías



Tal vez por aquel odio no disimulado, o por un secreto motivo desconocido para él sería pronto víctima de una serie de calamitosos hechos, cuyos principales causantes serían ellos.

I

El pozo de los deseos

En realidad, sólo había una cosa en el mundo que consideraba más odiosa: la sopa de remolacha. Después estaban los libros.

Eran el más vivo ejemplo de las cosas inútiles. Esas que debían dejar de existir en algún momento, porque no servían para absolutamente nada. Aburrían, cansaban la vista, estorbaban los espacios, llenaban las casas de polvo... Ellos habían sido siempre para él sinónimo de tortura, de castigo y de inmenso sacrificio. No importaba que fuera hijo de escritora, o que hubiera nacido un 29 de septiembre, el mismo día en que había llegado al mundo uno de los escritores más grandes de la historia, al cual debía su nombre: don Miguel de Cervantes.

A sus recién cumplidos trece años era todavía tan canijo que el siguiente más alto de su clase le pasaba aún dos cabezas. Su color favorito era el rojo, porque era el de su pelo y porque era también el de la salsa de tomate con la que le gustaba siempre condimentarlo todo. Sus pecas eran tantas

que casi no le cabían en la piel. Su extrema delgadez contrastaba de tal forma con su inusitada capacidad para devorar todo lo que le caía en el plato que nadie podía explicarse por qué no se asomaba en él la más mínima pizca de grasa.

Eran las seis y media de la mañana, y era lunes. El primero y el peor día de la semana para Miguel, quien concentraba su mirada color cielo en superar el último nivel del videojuego al que había dedicado casi todo el fin de semana. Su madre le recordó que debía cumplir con la obligación inexcusable de asistir a la escuela. Se resistió por un momento, hasta que se acordó de la nueva compañera de clase. Se había incorporado junto al resto de estudiantes hacía un mes. Se llamaba Elena, y sus ojos eran las dos formas esféricas más hermosas que hasta entonces había conocido. Esos ojos, que los días de lluvia eran azules y los de sol del color de la miel, le fascinaba de tal modo que no dejaba de dibujarlos una y otra vez en sus cuadernos del colegio. Por fin, salió de casa, con la convicción de hablar con ella (hasta entonces no lo había hecho). Sería antes de que sonase el timbre del recreo. Todo lo tenía milimétricamente medido. Había calculado incluso los pasos que debía dar hasta llegar a su puesto. Sabía perfectamente lo que le iba a decir, y estaba tan decidido que no le cabía la mínima duda de que esta vez sí lograría dirigirle unas palabras.

Sin embargo, uno de aquellos objetos que era capaz de provocar en él casi tanta antipatía como la sopa de remolacha, se interpuso inesperadamente en su camino. Justo

cuando estaba tan solo a un paso de plantarse delante de ella, un libro inoportunamente colocado en el suelo le hizo tropezar. Fue una caída espectacular, de esas memorables que provocan en los demás ataques de risa incontrolables. Tras la caída, juró no volver jamás a intentar conversar con una chica que le gustara, por muy bellos o dibujables que fueran sus ojos.

Tardó mucho tiempo en olvidarse de aquella caída, tanto que cuando le sobrevino la siguiente calamidad, dos meses después, todavía tenía el recuerdo de la cara de Elena muriéndose de la risa. Fue después de las vacaciones de Navidad. El profesor de Literatura llevó a toda la clase a visitar la biblioteca municipal. Era la primera salida del curso. Miguel había hecho todo lo que estaba en sus manos para enfermar ese día y faltar. Había pasado toda la noche sin ropa con la ventana abierta, se había comido él solo un pastel de chocolate para diez personas, e incluso se había bebido de un trago un vaso de leche pasada que, deliberadamente, había escondido debajo de su cama durante dos semanas. Pero nada le había funcionado, porque aquella mañana su salud estaba tan intacta que no hubo excusa para que su madre le permitiera ausentarse.

Se colocó el último de la fila para entrar, haciendo caso omiso a la orden de entrada dispuesta por su profesor. Su plan era escaparse cuando don Julián no le viera. Sin embargo, todo le salió al revés. Miguel no consiguió pasar desapercibido, sino al contrario, puesto que por colocarse el

último, el profesor le colocó a él primero. Sabía que de los libros no podía esperarse algo bueno, pero lo que le ocurrió después fue algo que con certeza no se había imaginado. Si hubiera cruzado la puerta de la biblioteca un segundo más tarde, simplemente se habría llevado un buen susto, pero el azar no estaba de parte del muchacho. Desgraciadamente, el chico de las mil pecas atravesó la puerta en el instante en que cientos de libros «decidieron» desplomarse sobre él. Quedó literalmente sepultado por una montaña de libros. Una hora tardaron en «desenterrarlo». Afortunadamente, no hubo heridas físicas que lamentar. Tan sólo quedaron las psicológicas, pero como éstas no se ven, nadie le dio gran importancia. Salvo su madre, que exigió explicaciones al director de la institución, quien, como era de esperar, no supo dar ninguna que fuera convincente. Primero dijo que fue la fuerza del viento al abrir la puerta. Luego, echó la culpa al personal de mantenimiento, quienes según él no sabían ubicar bien los libros. Y finalmente, optó por inculpar a los ratones, de quienes aseguró que les encantaba alimentarse de las obras que allá se guardaban.

El siguiente episodio catastrófico relacionado con los libros en aquel curso escolar, le sucedió tres meses más tarde. Era una mañana nublada. Miguel lo tenía claro: o el cielo había caído encima de la ciudad o la ciudad había dado un salto tan grande que había llegado hasta el cielo. Eso pensaba mientras se dirigía al colegio en su bicicleta a velocidad de tortuga. Cuando por fin llegó, más tarde de lo habitual, se

percató de que por todas partes había guirnaldas decorando las instalaciones. No era casualidad. Hacía una semana, el recién estrenado rector de su colegio había instaurado aquel día, 23 de abril, como *día institucional del libro,* en honor a la fecha en la que había fallecido el ilustre escritor al que nuestro amigo le debía el nombre.

Golpeó dos veces la puerta de su aula. La clase ya había comenzado hacía un rato. Entonces, Miguel observó por un agujero de la cerradura que todos sus amigos estaban con un libro encima de la mesa. «Espero no haberlo olvidado», pensó. A continuación, sacó un libro de su mochila. Aquel día todos sin excepción debían llevar un libro para intercambiarlo con el resto de compañeros. Era una iniciativa que había sido muy bien acogida por los padres de familia, pues veían en ella una muy buena ocasión para fomentar la lectura. Miguel, como era de esperar según su lógica antiliteraria, eligió un libro para llevar que no había leído, pero cuyo título le sonó bien. De repente, escuchó unos pasos acercándose a la puerta.

—Buenos días, señor Cajamarca —le dijo el profesor.

—Buenos días, don Julián —respondió él, educadamente.

—Pase, pase. Justo estábamos a punto de empezar…

Miguel le miró extrañado, pues no entendía bien a qué se refería don Julián. No le duró mucho la duda. Enseguida su compañero de pupitre se lo contó: cada estudiante debía presentar al resto de la clase el libro que habían traído para

intercambiar. Al escucharle, Miguel sintió como si un cubo de agua helada se le cayera encima.

Al cabo de un rato, uno a uno, cada alumno fue saliendo a la pizarra y mostrando a los demás el libro que iba a prestar, explicando el título, el autor y el tema. Deseaba con todas sus fuerzas que el tiempo se congelara o que se alargara hasta el infinito para evitar que llegara su turno. Pero por mucho que lo deseaba, no le servía para nada. Entonces, pensó que algo tenía que decir cuando el profesor le llamara a la pizarra, así que abrió su libro para ojearlo. Lo abrió y lo cerró. Y lo volvió a abrir. Y lo volvió a cerrar... Sus ojos parecían cada vez más desorbitados. Acababa de descubrir algo espeluznante, pues lo que tenía en sus manos no era un libro ¡era un álbum de fotografías!

—Miguel Cajamarca, por favor, acérquese.

No sabía dónde esconderse. Tenía ganas de echar a correr. ¿Pero dónde iba a ir? No tenía escapatoria. Ya era demasiado tarde para excusarse con algo que pareciera creíble.

—Miguel Cajamarca, por favor, es su turno.

Por fin, se levantó y fue donde su profesor.

—¿Nombre del libro?

—Mi *angelito de la guarda.*

Contestó con una voz que le temblaba tanto que costaba entenderle. Efectivamente, el álbum de fotografías que llevaba consigo tenía ese título, pero no era en honor a un personaje de novela infantil o juvenil, sino a las fotografías que su madre le había sacado cuando era un bebé.

—¿Temática del libro?

No sabía qué responder.

—¿Temática del libro? —volvió a preguntar su profesor, esta vez con mirada inquisitiva.

—Mi libro es sobre un niño que está muy triste porque murió su gato y entonces aparece su ángel de la guarda y lo resucita y…

Cada vez estaba más nervioso. Además, había comenzado a producirse un tic en su cara que le resultaba imposible disimular. No era la primera vez que le pasaba, pero en esta ocasión todos sus compañeros de clase le estaban mirando. Mientras que su ceja derecha se elevaba hasta casi rozar la punta de su cabeza, su ceja izquierda se encogía, dando la impresión de querer meterse dentro del ojo más próximo. Era realmente un fenómeno que rozaba lo paranormal.

—¿Autor del libro?

Esa pregunta le dejó al borde del ataque de histeria, hasta que, sin querer, dejó caer el «libro» al suelo y todas sus fotografías se desparramaron por el aula. Y de todas ellas, la más vergonzosa, aquella en la que su madre le cambiaba los pañales por primera vez, voló hasta situarse sobre la mesa donde se encontraba el profesor. Entonces, una desternillante y contagiosa risa se propagó sin piedad por toda la clase. Hasta don Julián, del que nadie antes había conocido sonrisa alguna, y que tenía la fama de poseer unas facciones impertérritas, imposibles de alterar, no pudo evitar estallar en una gran carcajada.

En ese momento, la idea de correr volvió de nuevo sobre la mente de Miguel, pero esta vez con mucha más fuerza. Tanta que ahora sí agarró su mochila y salió corriendo del aula a la velocidad de la luz. Corrió, corrió y corrió, sin sentido ni motivo, como si alguien que quisiera hacerle algo terrible le persiguiera, sin mirar atrás y casi sin ver lo que tenía delante. Por fin, cuando sus piernas comenzaron a dolerle demasiado, decidió que era el momento de parar. Entonces, por primera vez desde que había huido de su clase, concentró su mirada en un punto para identificar en qué lugar se encontraba. Estaba muy lejos del colegio y muy cerca de las escaleras que llevaban al punto más alto de la ciudad, donde las calles morían y los paseantes podían llegar a contemplar las vistas más privilegiadas.

No había nadie. Tampoco se escuchaba un ruido. Ni siquiera se oía a los pájaros cantar. En ese instante, Miguel recordó que donde terminaban las escaleras había un pozo muy profundo. Lo llamaban «el pozo de los deseos». Los mayores contaban que antiguamente había sido considerado un sitio sagrado. Supuestamente, allá, los primeros pobladores del lugar habían hecho sacrificios y habían rezado a ciertos dioses que por aquel entonces veneraban. Mientras intentaba imaginarse cómo habrían sido aquellos rituales ancestrales, Miguel subía las escaleras decidido a dirigirse hacia el legendario pozo.

Por fin, doscientas noventa y ocho gradas después, lo alcanzó. Era tan profundo que no podía verse el fondo.

Lanzó una piedra y esperó a escuchar algo. Esperó y esperó, pero no se oyó nada. Luego, se quedó pensando. «¿Y si de verdad se trataba de un pozo de los deseos? ¿Y si así fuese y deseaba que los libros no existieran? ¿Y si deseaba que el gobierno decretara una ley que los prohibiera para siempre? ¿Por qué no? Por intentarlo no perdía nada». ¿O sí? Por un momento se dio cuenta de que no podía desear que los libros no existieran, porque su madre se quedaría sin trabajo. Y si su madre se quedaba sin trabajo... ¿Cómo iba ella a poder comprarle sus videojuegos? «Eso es algo que no puede ocurrirme». Pensó. Después de un rato dándole vueltas, por fin se decidió. Abrió la mochila, sacó todos los libros que había en su interior, colocándolos al filo de los bordes del pozo y con una seguridad inusitada les dijo:

—Ya que no puedo desear vuestra desaparición, quiero desear que nunca más en mi vida me obligue nadie a tener que leeros.

Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que aquello ocurriera. A continuación, con una frialdad congeladora, arrojó los libros dentro del pozo. Al cabo de un rato, mientras todavía permanecía junto al enigmático agujero sumido en sus pensamientos, un interminable rayo atravesó el cielo de extremo a extremo. Comenzó a diluviar de tal forma que por un instante pareció que la ciudad iba a quedar sumergida bajo el agua. Aquel día Miguel llegó más tarde que nunca a la casa, aunque todavía su madre no regresaba. Estaba completamente empapado y tan cansado que sin darse un

baño, sin cambiarse y sin ni siquiera probar una pizca de la cena que le esperaba en la cocina, se metió en la cama y se durmió. Cuando su madre llegó, él ya estaba sumido en un profundo sueño.


LIBRERÍA APOLO

II

Sinsentido literario

Aunque era sábado, el despertador no lo supo, porque sonó tan estruendosamente como siempre. Después de luchar con las sábanas, Miguel se levantó y abrió la puerta de su habitación alcanzando a ver sobre la mesa de la cocina un libro. No podía ser. Era justamente lo último que quería encontrarse al despertar. Hubiera preferido toparse con un tigre o un león, antes de volver a ver uno de ellos. Ya no los soportaba ni en pintura, así que resuelto a ignorar por completo al que en ese momento tenía delante de sí, fue en busca del desayuno. Sin embargo, una nota que había sobre la tapa del libro le llamó la atención. Entonces, la curiosidad, de la que cuentan que mató al gato, le hizo leer lo que había escrito en la nota:

Querido hijo: te compré este libro el día de ayer porque hablé con tu profesor de Literatura y me contó lo que pasó. No quiero que no tengas un libro que llevar la próxima vez, y por eso te regalo uno de mis favoritos cuando tenía tu edad. Espero que te guste.

Miguel miró el libro. Se llamaba *La niña y el ruiseñor.* No podía negar que los dibujos que ilustraban sus cubiertas eran hermosos y, en cierto modo, inquietantes. Las miradas de los dos personajes principales, la niña y el ruiseñor, tenían un aire misterioso. Por un momento, tuvo la impresión de que le estaban mirando a él. Lo abrió por la mitad, queriendo encontrar más dibujos, al tiempo que sintió como si una fuerte corriente de aire, hormigas y mariposas, recorriera su cuerpo por dentro. Nunca antes había experimentado algo así. Sin pensarlo más, comenzó a leer. Pero por mucho que leía no entendía nada. «¡Qué libro más extraño!», pensó para sí. Todas las palabras parecían estar desordenadas. ¡No había forma de entender nada! Pasó de página y le ocurrió exactamente lo mismo. Retrocedió hasta la primera hoja y de nuevo encontró el idéntico sinsentido. Todo estaba al revés, como si las letras, mezcladas en una batidora se hubieran distribuido desde la primera hasta la última página a su libre albedrío.

Lo dejó en el mismo lugar donde lo había encontrado, cogió su desayuno y se fue a la sala de estar a por su dosis diaria de videojuegos. Al cabo de un rato, llegó su madre, quien nada más verle le preguntó si le había gustado el cuento.

—Ya sabes que no me gusta leer, mamá.

—Pero tienes que hacer un esfuerzo, hijo. Estoy segura de que eso te pasa porque no has encontrado el libro adecuado. Dale una oportunidad a este. Hazme caso, sé que lo vas a disfrutar.

—¿Sabes una cosa, mamá?

—Dime, hijo…

—La verdad es que sí he estado leyéndolo.

—¿En serio? ¿Y no te ha gustado?

—Pues no, no entiendo nada. Todas las palabras están desordenadas.

—¿Cómo?

—Sí, como lo oyes. No hay quien entienda nada.

Rosa, como se llamaba la madre de Miguel, fue a la cocina. Allá seguía el libro, en la misma posición que su hijo lo había dejado: abierto por la mitad. Efectivamente, él no le estaba mintiendo. ¿Sería un error de impresión? ¿Sería que el librero que se lo había vendido le querría gastar una broma? Rosa no acababa de explicarse qué era lo que había pasado. Y ella no era precisamente una de esas personas que creyera en duendes o en fantasmas. Para ella esas cosas sólo existían en la imaginación de la gente y en ningún sitio más. Tal vez por lo que le había tocado vivir o porque simplemente era su carácter, sólo creía en las verdades que la ciencia podía demostrar y en nada más.

Mientras continuaba escudriñando las múltiples causas lógicas que podían haber provocado aquel desbarajuste literario, Rosa comenzó a teclear en su ordenador. Escribía su próxima novela, que como las anteriores era del género policíaco, su especialidad. Tan pequeña y delgada, con un pelo tan rojo como la lava de un volcán y con tantas pecas por todas partes, era obvio que debía ser la madre de Miguel.

Sólo había una cosa que no compartía con su hijo: sus ojos, grises y siempre brillantes, como linternas en una noche de completa oscuridad.

Aquella misma tarde, tras terminar de escribir un nuevo capítulo de su novela y segura de que podría cambiar el libro por otro que no tuviera aquella falla tan extraña, Rosa fue a visitar a Zeus, el dueño de la librería donde lo había comprado. Pero no fue sola. A regañadientes, casi teniendo que arrastrarle por los pelos, consiguió que le acompañara Miguel, quien lo hizo con la condición de quedarse fuera de la tienda.

Se llamaba Apolo y estaba ubicada en la zona más antigua de la ciudad. Adentrarse en ella era como acceder a otra dimensión existencial, a otro universo. Un universo lleno de libros por todas las esquinas y rincones, donde el que entraba corría el riesgo de perderse y desaparecer durante horas. Al principio, daba la impresión de que se trataba de un establecimiento pequeño, puesto que al entrar únicamente se veía el mostrador y un espacio estrecho donde apenas se podía estar de pie. Pero si alguien se aventuraba a descubrir qué era lo que había más allá de lo que podía verse a simple vista, se sorprendía. Era una fila innumerable de pasillos plagados de estanterías de libros, tan altas que era imposible llegar a ver dónde terminaban, por mucho que uno se pusiera de puntillas o midiera más de dos metros y medio.

Zeus, el propietario, de quien las malas lenguas juraban que tenía, por lo menos, tres siglos (nadie vivo recordaba

una época en la que no hubieran existido él y su librería), se había ganado la fama de poseer la insólita habilidad de saberlo todo sobre cualquier libro que le fuera consultado. Pero este no era el mayor de sus méritos. Lo más inaudito que de él se contaba, era que no se conocía ocasión en la historia de la librería en que no hubiera hallado un libro pedido por un cliente. Fuera su autor chino, ruso, japonés, nigeriano, australiano... todos los encontraba.

—Te espero fuera, mamá. –Miguel se negaba a entrar. No quería correr ningún riesgo. Tenía la sensación de que si atravesaba el umbral de la librería, le ocurriría lo mismo que a una persona lanzada a un mar lleno de tiburones con trozos de carne sanguinolenta pegados a su cuerpo. Entonces, sucedió algo totalmente insólito para Rosa. Por primera vez desde que ella había conocido al librero, lo cual había tenido lugar hacía más de treinta años, vio a Zeus atravesar el portón de entrada y salir a la calle.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Su hijo, dijo que le esperaba fuera.

—Aaahhh... Ahí está.

Estaba escondido detrás de un árbol. No quería que aquel anciano tan extravagante le viera. Era alto, muy delgado, de barba alargada y blanca como un algodón, igual que su pelo, en cuya cabeza se alborotaba de forma anárquica. Iba vestido con una túnica, blanca también, y sus ojos eran tan negros que parecían dos obsidianas pegadas en su cara.

—Pasa, no tengas miedo.

Zeus le extendió la mano, mientras que Miguel por unos segundos no supo si recibirla o seguir camuflado detrás del árbol. Finalmente, sin poder evitar disimular su nerviosismo, recibió el saludo, estrechándole la mano levemente al librero.

—Aquí no hay nada que te pueda hacer daño. No te preocupes. Sólo son libros, montañas de cientos de libros, quizás miles. Todos inofensivos, que no van a morderte ni te van a saltar encima.

Esta última frase en vez de tranquilizarle le puso más ansioso. Comenzó a recordar todas las calamidades que le habían acontecido últimamente por culpa de los libros, hasta que una mirada penetrante del librero le hizo regresar nuevamente al presente. Aquella mirada causó que sin saber por qué Miguel se dejara arrastrar literalmente hasta el interior de la librería. «Más vale que no haya nadie viendo», pensó su madre. «Podrían haber creído que le estábamos secuestrando», volvió a pensar Rosa.

—¿Y en qué puedo ayudarle hoy, mi amiga Rosa?

—Ayer le compré un ejemplar de *La niña y el ruiseñor* a mi hijo y parece que hay un error en su impresión.

—¿Cómo? ¡Eso es imposible! Nunca hay errores de impresión en los libros que yo vendo...

—Obsérvelo usted mismo, don Zeus.

Rosa le entregó el libro para demostrarle que era cierto lo que le decía.

—Esto no es un error de impresión.

—¿De qué se trata entonces?

—Espéreme un momento.

Zeus se llevó el ejemplar desapareciendo por uno de los pasillos que había detrás del mostrador. Al cabo de un rato regresó con una decena de libros bajo sus brazos. Los colocó sobre una mesita, cerca del mostrador, frente al que se encontraban Miguel y su madre.

—Acércate, por favor, niño.

Miguel se acercó a él, dubitativo y temeroso.

—Adelante, levanta uno de estos libros y ábrelo.

Obediente, alzó uno de los libros y lo abrió por la mitad, comprobando que nuevamente las letras estaban desordenadas. Luego, pasó a las siguientes páginas y descubrió el mismo revuelto descabellado de letras en todas las hojas.

—Ahora, observa.

El librero abrió otro libro y lo mostró a Miguel y a su madre. Las letras en esta ocasión sí estaban dispuestas de forma ordenada. A continuación, se lo dio a Miguel y le pidió que volviera a abrirlo. Pero cuando lo hizo, descubrió con asombro que las letras nuevamente estaban al revés.

—Y ahora prueba con el resto.

Uno a uno, fue abriendo cada libro que Zeus le había traído, y con todos se daba el mismo fenómeno.

—Ya es suficiente ¿Qué hiciste? —le interrogó el librero con un solemne hilo de voz, clavándole la mirada.

Miguel intentaba mirar hacia otra parte, donde no le observaran aquellos ojos de perro guardián, pero le resultaba imposible.

—Pedí un deseo en un pozo.

—¿En qué pozo?

—En el «pozo de los deseos». Pero nunca me imaginé que realmente concediera deseos...

—¿Y qué fue lo que deseaste?

—Deseé que nunca más me obligaran a leer un libro.

—¿Y por qué hiciste eso? —le preguntó, mientras se colocaba unas lentes, dando la impresión de que sus ojos se agrandaban, haciéndolos todavía más imponentes.

—Porque… Odio los libros… Siempre me andan metiendo en problemas, y además yo creo que no son necesarios.

—¿Cómo? —Zeus se había puesto tan rojo que ni el color del pelo de Miguel se le podía comparar.

—Sí, todos podríamos vivir perfectamente sin ellos… —respondió, envalentonado.

En ese instante, Zeus se quitó las gafas y dirigió su mirada hacia Rosa, que quiso con todas sus fuerzas que la tierra le engullera.

—¡Sacrilegio! —exclamó el librero, con tal agitación que parecía que acababa de presenciar un acto demoníaco—. ¿Cómo te atreves a decir algo así?

—Lo siento mucho si le ofendí, pero después de todo lo que me ha pasado con los libros no puedo decir otra

cosa —dijo Miguel, esta vez con un tono de voz mucho más inofensivo que el que había utilizado antes. Luego, le contó todas las desgracias que le habían ocurrido últimamente «por culpa» de los libros y terminó de darle su opinión sobre lo que éstos significaban para él. Pero cuanto más hablaba Miguel, más rojo se ponía Zeus y más ganas le daban a Rosa de cerrarle la boca con pegamento.

Finalmente, el librero decidió que ya era hora de dejar de sufrir escuchando lo que el niño decía.

—Está bien. No sigas —dijo el anciano, que parecía luchar consigo mismo para contener el estado colérico en el que se encontraba—. Ya entendí. Llegados a este punto creo que lo mejor es que lo dejemos aquí. Tú piensas que tu vida sería mejor sin los libros. Yo podría ayudarte a solucionar este fenómeno, si es que se le puede llamar de alguna forma. Pero veo que no te preocupa lo más mínimo lo que te sucede. Es más, parece que te alegras inmensamente por ello. —Miguel asintió tímidamente con la cabeza—. Por lo tanto, creo que lo mejor es que nos despidamos y te vayas a tu casa. —Zeus le señaló con la mano la puerta por la que hacía un rato Miguel había entrado como un zombi.

A continuación, Rosa, tan desconcertada o más que el librero, agarró a Miguel de la mano y se lo llevó, despidiéndose antes de Zeus con una enorme vergüenza que fue incapaz de disimular. Respecto a lo que se había dado a entender que provocaba lo que le ocurría a Miguel, Rosa no pudo evitar ponerlo en tela de juicio. ¿Desde cuándo un

pozo podía conceder deseos? Aunque tenía un gran aprecio por el anciano, su mente era incapaz de concebir que fuerzas paranormales pudieran intervenir en la realidad, como presuntamente había ocurrido con su hijo, según la versión del librero.



III

Los guardianes de los libros

A Miguel todo le parecía demasiado extraordinario. Nunca creyó que lo del pozo iba a funcionar. Esas cosas sólo pasaban en las películas, y no en la vida real. Se sentía feliz por primera vez en mucho tiempo. Había encontrado la excusa perfecta para que no le obligasen nunca a leer un libro. Tal vez ahora le podrían eximir de asistir a Lengua y Literatura. Seguramente, al darse cuenta de lo que le pasaba cuando tocaba los libros, don Julián no lo querría en sus clases. Era su sueño hecho realidad.

El reloj del salón de hacía tres siglos (o eso decía la madre de Rosa) anunció que la medianoche había llegado. Pese a que era sábado ya era demasiado tarde para que Miguel siguiera despierto. Sin embargo, el niño llevaba horas jugando a un juego de carreras de coches. Esos eran sus favoritos. Mientras, Rosa intentaba encontrar un sentido racional a lo que le pasaba a su hijo, así como una posible cura o remedio.

—¡Lo tengo! —exclamó—. ¡Unos guantes! ¿Por qué no se me había ocurrido antes? —Corrió a la habitación de Miguel y

después de vaciar por completo su armario comenzó a buscar entre la ropa de invierno. Al cabo de un rato, cuando el cuarto de su hijo parecía más una selva que una habitación, encontró los guantes. Luego, Rosa fue al salón, se colocó delante de Miguel, apagó la televisión y le obligó a ponerse sus guantes. A continuación, cogió un libro que había sobre la repisa de uno de los muebles de la sala.

—Adelante. Toma este libro.

—No, mamá. ¿No ves lo que pasa si los toco?

—Eso es porque no llevabas puestos unos guantes. Quiero que pruebes ahora.

—Bueno, está bien. Pero no te enfades conmigo si le pasa algo al libro... ¿De acuerdo?

—De acuerdo. No me enfadaré contigo.

Miguel agarró el libro y lo abrió por la mitad.

—¡Oh! ¡No! ¿Por qué te pasa esto? —exclamó Rosa, malhumorada.

—Me dijiste que no te ibas a enfadar conmigo, mamá.

—Es que no entiendo por qué tiene que ocurrirte esto…

—Ya lo expliqué antes, mamá. Yo mismo lo deseé. Bueno, no deseé algo así exactamente —dijo Miguel, más tranquilo que una lagartija tomando el sol, al tiempo que miraba a su madre con una sonrisa que parecía querer hallar en ella cierta complicidad.

Pero a Rosa le resultaba imposible e inconcebible sonreír en ese momento. No tenía nada de qué alegrarse. Además, le irritaba mucho la actitud de Miguel, al que no sólo

no le molestaba que le ocurriera aquello con los libros, sino que parecía complacerle. Sin embargo, ella no era de esas personas que se rinden a la primera. Tenía otra idea y no quería irse a la cama sin intentar ponerla en práctica, por lo que agarró los binoculares que había sobre el escritorio de su estudio y se los dio a Miguel. A continuación, bajó un ejemplar del Quijote de la estantería de la sala de estar y se situó a unos tres metros de su hijo. Luego, abrió el libro, quedando sus páginas mirando en dirección a donde el niño se encontraba.

—Lee.

—¿Cómo?

—Agarra y lee.

—Pero mamá…

—¡Ya está bien! ¡Lee de una vez!

Miguel enfocó hacia donde estaba el libro. Luego, con la ayuda de una rueda incorporada a los catalejos, ajustó los prismas para alcanzar a leer algo.

—¿Qué lees?

—¿Quieres que de verdad te diga lo que leo, mamá?

—Sí, hijo, dime.

—Mejor no, mamá. Te vas a enfadar.

Rosa le dio la vuelta al libro y entonces se dio cuenta de que nuevamente había sucedido. Y ahora sí, decidió claudicar, no sin antes reclamarle a Miguel con severidad por lo que había deseado el día que se le ocurrió lanzar todos sus libros por aquel pozo tan peculiar.

Cuando llegó el lunes por la mañana, se las prometía muy felices. Era tal su entusiasmo que su madre cuando fue a despertarle ni siquiera tuvo que luchar con él para que se separara de las sábanas. Para entonces ya tenía puesto el uniforme del colegio e incluso se había hecho la cama. «Este niño está enfermo», pensó Rosa. Pero no estaba enfermo. Se sentía más sano que nunca, y sobre todo más contento, pues siempre había soñado con una escuela sin libros. Sin embargo, su felicidad no duraría ni lo que vive una mosca, pues su rara habilidad resultó no ser sólo motivo para que nadie le obligara a acercarse a un libro, sino que también fue razón para que nadie quisiera estar junto a él, lo cual no le hizo ninguna gracia. Todo empezó cuando aquella mañana el rector tuvo conocimiento de su involuntario don para sembrar la anarquía en cualquier libro que cayera en sus manos. Inmediatamente, se decretó para él un régimen de aislamiento total. Se le habilitó un aula exclusiva donde sin el uso de ningún tipo de texto literario, los profesores debían enseñarle sus distintas materias. No tenía nadie con quien reírse ni jugar, ni siquiera tenía a alguien con quien poder conversar, porque los profesores le tenían miedo, lo cual no era casual. Diccionarios, enciclopedias de ciencias naturales, enciclopedias de historia universal, colecciones de clásicos de la literatura, libros de texto de todas las asignaturas... fueron sólo algunas de sus víctimas. Miguel, que ni en sus peores pesadillas podía imaginarse un panorama tan triste y aburrido, no tuvo más remedio que resignarse, pues por

muchos intentos que llevó a cabo, le fue imposible revertir aquel extraño fenómeno que él mismo había provocado.

Finalmente, después del peor mes que Miguel recordaba haber vivido nunca, terminó por desear no haber deseado nada. Fue tras malograr el libro más sagrado que existía para su madre: un ejemplar del *Principito* firmado por el mismísimo autor, Antoine de Saint-Exupéry. Aquello le significó la guinda del pastel, un pastel que le explotó en su propia cara cuando vio llorar a su madre al comprobar lo que de forma fortuita acababa de causar. En ese momento, decidió que ya era hora de pedir ayuda a Zeus, así que le telefoneó.

La voz del misterioso librero, de inconfundible eco milenario, sonó bastante más serena de lo que Miguel se esperaba, después del último encuentro que habían tenido. Tras una corta conversación, quedaron en verse aquel mismo día a las ocho y media en la librería.

Miguel llegó cuando el sol ya estaba a punto de marcharse por el horizonte. Estaba solo. Le acompañaba únicamente la firme promesa hecha a Zeus de no contar a nadie nada de lo que allá le iba a acontecer. La puerta estaba abierta. El niño entró, pero no vio al librero. Esperó una media hora, pero el anciano seguía sin aparecer. Al cabo de un rato, cuando la oscuridad invadía la calle y únicamente una tenue luz se colaba por la puerta de la librería iluminando levemente su interior, Miguel comenzó a inquietarse. Movió la cabeza en dirección a la primera estantería de libros que podía verse ligeramente detrás del mostrador. ¿Estaría

esperándole dentro de alguna habitación que secretamente se escondía en la librería? Eso era algo que no iba a saber si se quedaba ahí quieto. Pensó que ya era hora de buscarle. Inclinó la mitad de su cuerpo para pasar por debajo del mostrador y se dirigió (no sin temor) hacia donde fuera que llevasen aquellos múltiples pasillos laberínticos de libros apilados por todas partes.

Lo buscó y lo buscó, pero no encontró rastro de él. Cuando ya había decidido darse la vuelta para marcharse a su casa (ya eran más de las diez de la noche) se dio cuenta de que junto a una de las tantas estanterías, había una puerta entreabierta. Tal vez el librero le esperara al otro lado. «¿Se habrá quedado dormido?», pensó Miguel para sí mientras suavemente empujaba la puerta con la mano. Cuando quedó totalmente abierta, pudo vislumbrar tras ella una inmensa pared, de la que colgaban, prendidos, enormes candelabros. Por un momento, creyó que se encontraba dentro de un castillo medieval. Las paredes eran tan altas que no podía verse el techo y estaban llenas de piedras encajadas, que parecían llevar allá muchos siglos. Entró tímidamente, procurando no hacer ruido. En el centro había una gran escalera de caracol, que daba la impresión de descender a las profundidades de la Tierra. Miguel miró la escalera y luego regresó a la puerta que acababa de atravesar hacía unos instantes. ¿Qué lugar era aquel? ¿A dónde conducirían las escaleras? ¿Y dónde estaba el librero?

—¿Zeus?

Nadie respondió.

—¿Zeus?

Esta vez, Miguel escuchó una voz lejana, como si proviniera de las entrañas más recónditas de aquella escalera. Parecía la voz del librero, pero sólo lo parecía, porque sonaba demasiado distante como para distinguir con absoluta certeza que se trataba de él. Lastimosamente para él sólo había una forma de comprobarlo: bajando las escaleras. Cuatrocientos cincuenta y ocho escalones después, encontró el final de la escalera. Allá estaba Zeus, delante de una puerta de tamaño colosal.

—Llegas tarde.

—¿Cómo? —respondió perplejo. ¿Cómo que llegaba tarde? Había llegado hacía más de dos horas.

—Yo te tenía por un chico más astuto. Tardaste mucho en venir a buscarme. —Zeus lo dijo de una forma que Miguel no entendió si estaba de broma o hablaba en serio.

A continuación, el librero le pidió que le siguiera al cuarto que había más allá del gran pórtico. Miguel le siguió, descubriendo una habitación inmensa y llena de cosas asombrosas. A su izquierda, vio que había colgando en la pared una inacabable hilera de cuadros con retratos de célebres escritores. Zeus le explicó que se trataba de los literatos más insignes de todos los que habían existido en la historia. Tras recorrer con su mirada la fila de lienzos hasta donde pudo alcanzar a ver, Miguel miró a su derecha. Observó que había un magnífico museo con cientos de instrumentos para

la escritura (plumas estilográficas, bolígrafos, lápices...), guardados en vitrinas de cristal. El librero le contó que todos aquellos objetos habían sido tan importantes como los escritores que acababa de contemplar hacía un momento, pues gracias a ellos se habían creado las obras más conocidas en la historia de la literatura. «Así que si no hubiera sido por estas cosas los libros no existirían», pensó para sí, mientras se contenía las ganas de lanzar algún objeto punzante contra las vitrinas.

Finalmente, en el centro de la sala, sobresaliendo sobre todo lo demás, Miguel contempló admirado la estatua descomunal de un hombre musculoso, ataviado con una túnica y con un arpa en una mano. La escultura era tan alta que llegaba hasta el techo. Alrededor de ella, se fijó que había ubicadas varias filas de asientos, dispuestas en forma de herradura y quedando en dirección a la estatua.

—¿Te gusta?

—Sí, es muy grande. ¿Quién es?

—Le llamaban Apolo. Era el dios de la poesía y de la música para los poetas griegos de la antigüedad.

—¿La antigüedad? —Ignoraba lo que esa palabra quería significar exactamente.

—La antigüedad fue algo que ocurrió hace mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó intrigado.

—Miles de años

—¿Y existió de verdad el dios Apolo? —volvió a preguntar Miguel, que cada vez se mostraba más interesado.

—Algunos piensan que sí, aunque la mayoría considera que fue una leyenda. Lo que es seguro es que para los griegos era alguien muy importante. Principalmente, para los escritores y los músicos, que le veneraban para que les ayudase a crear las obras más hermosas.

—¿Y existían también otros dioses para los griegos o él era el único?

—¡Claro que sí! Estaba Ares, dios de la guerra, Atenea, diosa de la sabiduría... Pero cuéntame. ¿Por qué decidiste finalmente solicitar mi ayuda?

¿Era aquel el mismo señor que con tanta furia se había despedido de él hacía un mes? No estaba seguro, pues su tono era tan amable que parecía otra persona.

—Mi vida se convirtió en un desastre... —respondió Miguel con gran sinceridad—. No pude hacer nada en el colegio. Me gané muchos enemigos y me terminaron aislando en una sala completamente vacía donde entraban y salían profesores que me miraban de forma extraña. Creo que me tenían miedo...

—¿Y cómo te sientes?

—No tan bien. Lo cierto es que un poco arrepentido.

—¿Un poco?

—Bueno, bastante —sus ojos parecían estar a punto de llorar—. Aunque eso no quiere decir que no siga pensando

lo mismo de los libros… —volvió a decir, aunque mirando para otra parte.

—¿Pero volverías a hacer lo que hiciste? —le preguntó el librero. Parecía que no había querido escuchar lo que Miguel acababa de decir.

—No, estoy seguro de que no lo volvería a hacer —respondió sin dudar.

—Entonces creo que ya es hora de que conozcas a los guardianes de los libros.

—¿A quién?

—A los guardianes de los libros. Nosotros somos los únicos que tenemos la facultad de interceder en este tipo de asuntos.

—¿Nosotros?

—Ajá, nosotros. Hace un buen rato que esperan… Creo que ya es hora de que los hagamos pasar…

Miguel se quedó pensando. Repasó mentalmente todos los problemas que le había ocasionado aquel insólito don que había adquirido. Estaba seguro de que por más que los libros no fueran de su simpatía, no merecía la pena seguir viviendo de esa manera.

Zeus, ajeno a todos los pensamientos que como pájaros desbocados revoloteaban por la cabeza de Miguel, removió por dentro de su túnica, sacando una bella caracola. A continuación, la hizo sonar tres veces. Mientras el librero emitía aquel sonido, que recordaba al silbido del tren, Miguel observó un majestuoso sillón debajo de la estatua de Apolo.

Aquel asiento sólo podía estar destinado para alguien realmente importante. Era un auténtico trono de rey. En cuanto al resto de asientos ubicados frente a la estatua, pensó que debían pertenecer, también, a gente poderosa. Cada uno de ellos lucía sobre su respaldo una letra distinta del alfabeto bordada en oro, desde la «a» hasta la «z». ¿Qué misterioso lugar era aquel y quiénes ocuparían aquellos asientos? Miguel se sentía cada vez más intrigado.

—¿Zeus?

Se dio cuenta de que se había quedado solo, algo que le incomodaba, pues estaba en un lugar demasiado peculiar, que a cada momento se volvía más enigmático. De repente, comenzaron a aparecer, como de la nada, muchas.personas. Bajaban por la escalera de caracol y según iban entrando por la enorme puerta, completamente en silencio, se dirigían cada uno a un asiento distinto. Había tanto hombres como mujeres, cuya edad media no bajaba con seguridad de los ochenta años. Llevaban colocada una túnica de color morado, y colgando del cuello una enorme letra, tallada en plata. Miguel advirtió que los asientos no se ocupaban de forma aleatoria, sino en función de la letra que colgaba de su cuello. Había un asiento para el señor que llevaba la letra «p», otro para el de la letra «n», otro para el de la letra «h»... Finalmente, todos los puestos con letras bordadas en sus respaldos fueron ocupados, sentándose Zeus en el asiento ubicado bajo la estatua. «Ha de ser alguien muy importante, para que se siente ahí», pensó Miguel. Entonces, con una

voz metálica y gutural, el singular y polifacético librero se dirigió a todos los asistentes.

—Bienvenidos, hermanos y hermanas, guardianes de los libros. Estamos aquí reunidos porque el chico necesita nuestra ayuda. —Zeus le pidió a Miguel que se acercara a él. Luego tomó nuevamente la palabra—. Como todos saben, nuestro invitado de esta noche, ignorando lo que estaba haciendo, cometió un gran sacrilegio. Deseó con todas sus fuerzas lo que nunca debió desear, y con ello provocó una serie de catastróficos acontecimientos en términos literarios. Hasta el día de hoy, nuestro amigo no ha vuelto a tomar un libro en sus manos sin que esto acarree una desgracia.

En ese momento, el anciano fue interrumpido por una multitud de murmullos.

—¡Silencio, por favor! Ya se dio cuenta del error, y desea enmendarlo, por lo que quiero someter a su honorable criterio y votación un hecho muy simple: si le ayudamos o no.

Los guardianes de los libros fueron tomando la palabra por orden alfabético. Cada uno dio su opinión sobre los pros y los contras de ayudar a Miguel. Se escucharon toda clase de argumentos, desde los más lúcidos hasta los más absurdos, los cuales provocaron en ciertos casos más de una burla. El señor «j», dijo que no se le debía ayudar porque su apellido rimaba con *jerarca* y con *monarca*, pues se apellidaba «Cajamarca». Y según el anciano, que pasaba seguro de los noventa,

aquéllas eran palabras demasiado grandilocuentes y rimbombantes, razón suficiente para no emitir su voto favorable. Para la señora «n», el hecho de que las letras de su nombre y apellido sumaran quince y no dieciséis no era una buena señal, porque se trataba de un número impar y esto podía ocasionar en él la tendencia a desarrollar cierta personalidad esquizoide.

Por fin, el veredicto llegó y, como era de esperar, no llovió a gusto de todos. Por suerte para Miguel, ganaron los votos a su favor.

Nuevamente, Zeus tomó la palabra:

—Señores, muchas gracias por su colaboración. Y recuerden no dejar de proteger y cuidar nuestro bien más sagrado: la literatura. Ya pueden retirarse.



IV

La fábrica de la inspiración

Tal y como habían entrado, los ancianos fueron saliendo de uno en uno, no sin antes despedirse del librero, con una leve inclinación de cabeza.

—Ahora ya sabes quiénes somos los guardianes de los libros. Como ves, nuestras decisiones son democráticas, y has tenido suerte, pues hoy la mayoría estaban de buen humor. De lo contrario no habría podido ayudarte.

—¿Siempre se juntan para decidirlo todo?

—No todo, pero sí aquello que nos afecta a todos. Mostrarle a alguien lo que vas a ver esta noche es un riesgo para nosotros, y espero que puedas guardarlo en secreto. Si algunas personas supieran sobre esto, nuestra misión podría correr un gran peligro.

—¿Vuestra misión?

—Sí, velar por la supervivencia de los libros. Esa es nuestra principal misión —dijo Zeus con gran solemnidad.

Cuando el resto de ancianos se marchó, Zeus apretó levemente el dedo gordo del pie de la estatua de Apolo, lo que provocó que una pequeña puerta se abriera sobre la

base en la que se apoyaba la enorme escultura. Miguel y el librero la atravesaron, accediendo a una galería subterránea en la que les esperaba una gigantesca biblioteca. Alrededor de la biblioteca, unos extraños seres caminaban sin cesar de un lado a otro llevando con ellos unas bolsas de tela. Todos vestían un traje verde y sus zapatos terminaban en punta, igual que sus orejas. Por un momento, Miguel pensó que se trataba de niños. Pero enseguida cambió de opinión, cuando se fijó en la barba blanca y alargada que colgaba de cada uno de ellos.

—Son duendes —le dijo Zeus, mientras le hacía un gesto con la mano para que le siguiera.

—¿Qué llevan en las bolsas?

—Llevan libros.

—¿Libros?

—Ajá. Pero no cualquier tipo de libros.

—¿Qué clase de libros?

—Los que hay en esta biblioteca. La llamamos la biblioteca de los libros inacabados, porque en sus baldas reposan miles y miles de libros que se comenzaron a escribir, pero que no se terminaron.

—No entiendo. ¿Quieres decir que si a alguien se le ocurre escribir un libro y no acaba lo que sea que esté escribiendo, aparece aquí su libro, incompleto?

—Efectivamente.

Miguel giró la cabeza para ver dónde terminaba la biblioteca, pero no pudo alcanzar a ver su final.

—Cada día, a muchas personas en el mundo les viene la idea de escribir un libro. Y de todos los que lo piensan, sólo algunos comienzan a hacerlo. Y de los pocos que lo hacen, muy pocos llegan finalmente a dar por terminada su obra. La gran mayoría acaban dándose por vencidos. Lo que no saben es que su obra, inacabada, llena un nuevo espacio en nuestra biblioteca.

—¿De verdad?

—De verdad. Puedes comprobarlo en este momento. Mira esta estantería. Coincide con el día de hoy.

En ese instante, Miguel se dio cuenta de que en la estantería que Zeus le señalaba aparecía un libro. Al cabo de un rato, otro nuevo libro ocupaba un nuevo espacio, y después otro y más tarde otro.

—¡Es fantástico! —le respondió, asombrado.

—¿Y a dónde se llevan los duendes los libros?

—¡Muy buena pregunta! Los llevan a la fábrica de la inspiración.

—¿La fábrica de qué?

—De la inspiración. Eso es, justamente, lo que los escritores necesitan para terminar lo que empezaron.

—Sigo sin entender…

—¿Alguna vez quisiste decirle algo a alguien, pero no supiste por dónde empezar o qué decirle exactamente?

Miguel se acordó de todas las veces que queriendo hablar con Elena, su compañera de clase, no había podido pronunciar palabra alguna.

—Sí, sí me ha pasado.

—Bueno, pues más o menos eso es lo que les pasa a todos los escritores alguna vez. Quieren seguir escribiendo, pero dejan de hacerlo porque no les salen las palabras.

—¿Y?

—Les falta la inspiración...

—Ahhhhh. ¡Creo que ahora sí lo entiendo! –exclamó Miguel, como si acabara de descubrir un nuevo continente.

—Muy bien... Veo que eres un chico inteligente...

A continuación, el librero señaló con su índice hacia una gran columna que podía verse a lo lejos, al fondo de la galería. Apoyada sobre ella, había un libro tan grande que era incluso más alto que Zeus. Estaba abierto por la mitad y, como si se tratara de una puerta, los duendes entraban y salían continuamente a través del mismo.

—¿Por dónde entran y salen los duendes? —preguntó Miguel, con un gesto que delataba su extrañeza.

—Por ese agujero. ¿No lo ves?

No vio nada hasta que estuvieron a unos pocos metros. Entonces, se dio cuenta de que no era un agujero cualquiera. Parecía la boca de una especie de... demonio... dibujada en una de las páginas abiertas del libro.

—No te asustes —le dijo Zeus—, no se come a nadie. Su boca es sólo una entrada para llegar al lugar de donde ellos vienen.

—¿Y qué sitio es ese?

—Se llama Delfos. Allá es donde está la fábrica de la inspiración. Pero no te preocupes, que pronto vas a conocerlo.

—¿Cómo? —preguntó Miguel con cara de espanto.

—Sí. Debes ir a la fábrica de la inspiración. En ella hay alguien que puede ayudarte. Su nombre es Orestes.

—¿Orestes? ¿Quién es él?

—Orestes es el director de la fábrica.

—¿El director?

—Sí, él es quien se encarga de que todo funcione bien.

—¿Y cómo me podrá ayudar?

—Él te dirá la forma de encontrar lo que necesitas para...

—¿Curarme? —dijo Miguel, antes de que Zeus terminase la frase.

—Efectivamente. Bueno, ya no perdamos más tiempo. Es hora de que partas. Aunque antes necesitas que te dé algo.

Zeus abrió una de sus manos y le mostró un colgante. Era uno de los que llevaban los ancianos que acababa de ver hacía un rato.

—El señor X me lo prestó antes de irse. Debes estarle muy agradecido. Necesitas llevarlo puesto si quieres que los vigilantes te dejen pasar.

—¿Los vigilantes?

—Sí, ellos son quienes cuidan la entrada a Delfos. Y entre los humanos sólo se les permite la entrada a los guardianes de los libros. —En ese instante, Miguel se colocó el

colgante—. ¡Adelante! No hay tiempo que perder. Tienes que seguir a los duendes. Ellos vienen de la fábrica —le arengó Zeus.

Inmediatamente, Miguel se situó detrás de una fila de duendes que iban caminando en dirección al gigantesco libro. Luego, al igual que los hombrecitos, dio un salto y se dejó caer por el gran agujero.

—¡Ay! —gritó uno de los duendes—. ¡Quítame ahora mismo esas pezuñas de encima! —Sin darse cuenta, acababa de caer encima de uno de ellos.

—Discúlpeme, señor. No era mi intención —le respondió visiblemente arrepentido, mientras se levantaba para que el duende pudiera incorporarse. Sin embargo, éste no quiso ni darse la vuelta para verle, yéndose tan enfadado que a Miguel ni se le ocurrió volverle a dirigir la palabra. Las puntas de sus orejas se habían virado para un lado. «Debe pasarles cuando se enfadan», pensó para sí.

Luego, como había hecho antes, se colocó detrás de una fila de duendes y siguió caminando tras ellos. Se encontraban en una caverna. No podía ver mucho, puesto que la gruta estaba escasamente iluminada por unas pocas antorchas, clavadas en las paredes de roca fría y húmeda. Después de un tiempo caminando, observó una luz mucho más grande que la de las antorchas. La salida estaba cerca.

—¿Eso de ahí es la salida? —preguntó al duende que le precedía. Pero fue como si hubiera hablado con la pared. Éste ni se inmutó. Miguel no tardó mucho en responderse

él mismo a la pregunta. Enseguida pudo ver que aquella luz tan fuerte que observaba a lo lejos era el final. Además, se fijó que donde terminaba la caverna había dos extraños seres que no eran duendes, pero que tampoco parecían personas. Eran demasiado grandes para ser humanos.

Por un momento, un repentino ataque de miedo le hizo detenerse, provocando que los duendes que le seguían chocaran entre sí y refunfuñaran muertos de ira.

Estaba claro que ellos eran los vigilantes a los que Zeus se había referido. Eran tan parecidos que parecían gemelos. Los dos exhibían, desde la cintura hasta su cuello, las páginas de un libro abierto por la mitad. Ambos portaban un lápiz del tamaño de una lanza en una mano y una goma de borrar del porte de un escudo en la otra. Eran altos y flacos, y sobre sus cabezas antropomorfas tenían colocado un sombrero con una pluma grande en la superficie.

—¿Quién es usted? —preguntaron al unísono.

—Buenos días, señores vigilantes. Soy un guardián de los libros —respondió Miguel, al tiempo que les mostraba el colgante que llevaba alrededor de su cuello.

—Buenos días, señor X. ¿Cómo está su mundo? —Los dos vigilantes volvieron a hablar a la vez.

—Bien —dijo Miguel tímidamente.

—¿Y qué le trae por aquí? —volvieron a preguntarle los vigilantes.

—Vengo a visitar a Orestes.

—No sabemos si podrá atenderle. Últimamente está con mucho trabajo.

—Bueno, de todas formas, quiero visitarle. Hace mucho tiempo que no nos vemos —dijo Miguel, sin saber si era apropiado contestar de esa manera.

Tras unos breves cuchicheos al oído entre ellos, le dieron paso.

—Muchas gracias —les respondió.

Se dirigió con rapidez hacia la salida. Al ver el paisaje, sus ojos se abrieron como platos. A su lado izquierdo, vio inmensas praderas con flores de infinidad de colores. Parecían estar ahí esperando el momento de ser retratadas por un pintor. A su derecha, contempló con admiración un bosque de árboles del tamaño de rascacielos. Y justo delante de él, a un solo paso de ser pisado, observó que se encontraba un refulgente camino de piedras amatista, de un morado cristalino que invitaba a soñar al caminante.

Todo rodeado por majestuosas montañas, que con elegancia sublime cubrían con su manto verde oscuro el fondo del paisaje. Después de unos instantes, obnubilado con las vistas que tenía delante, se acordó del motivo por el que había llegado allá. Debía encontrar la fábrica de la inspiración… En ese momento, pasaron junto a él unos duendes que, ignorándole por completo, tomaron el camino de piedras. Miguel, sin pensarlo dos veces, se fue corriendo detrás de ellos. Al cabo de un rato, corroboró que había tomado una buena decisión, pues llegaron a las puertas de la fábrica.

Era tan grande que, a su lado su colegio se quedaba diminuto. No había vidrios por ningún sitio, y las paredes por fuera eran de un gris serio, que contrastaba con el paisaje mágico en el que estaba emplazada. Entró con sigilo por una pequeña puerta, teniendo que bajar la cabeza para no golpearse. En principio, no vio nada que le llamó la atención. Muchas cintas transportadoras, como las de las fábricas de su ciudad, tubos por todas partes… Hasta que se dio cuenta de algo. Sobre las cintas transportadoras había infinidad de libros. Eran los que traían los duendes en sus bolsas de tela. Y advirtió que cuando los libros pasaban por debajo de los tubos, un torbellino de letras se deslizaba sobre ellos, completándose las páginas inacabadas y en blanco. Aquello sí era algo extraordinario, aunque no era lo único excepcional allí. Donde terminaban las cintas, había una cabina muy grande con cristales traslúcidos, a través de los que se veía a un señor lleno de brazos y ojos, que agarraba los libros por decenas y los examinaba detenidamente.

Después, o bien los depositaba en otra zona de la fábrica, donde unos duendes se encargaban de empaquetarlos, o bien los colocaba nuevamente sobre las cintas transportadoras.

Tras observar con detalle cómo era el mecanismo de la fábrica para completar los libros inacabados, creyó que ya era hora de buscar al señor Orestes. Así que se dirigió donde el extraño operario, de múltiples brazos y ojos.

—¿Cómo un guardián de los libros no sabe dónde encontrar a Orestes?

Miguel, que no podía evitar dejarse intimidar por tanta extremidad y tanta pupila, se quedó sin habla.

—Bueno, que sea la última vez que me molestas, niño. Ahí detrás está la oficina del señor Orestes —dijo mientras con uno de sus tantos brazos señalaba hacia una puerta.

—Gracias —respondió con voz temblorosa.

A continuación, se dirigió como una bala hacia la puerta. Tras golpearla tres veces, escuchó que alguien le decía que pasara.

—Te estaba esperando hacía un buen rato. ¿Por qué has tardado tanto?

Su rostro se le hacía muy familiar, aunque aquellos bigotes puntiagudos con forma de *croissant* o aquel pelo canoso que cubría su cuero cabelludo, no le resultaban tan conocidos.

—¿Usted es Orestes? —le preguntó educadamente.

—Así es. Ese es mi nombre.

—Me parece familiar su rostro...

Orestes iba a responderle, cuando inesperadamente Miguel dio un grito.

—¡Lo tengo!

—¿Qué tienes?

—¡Eres igual que don Julián, mi profesor de Lengua!

En ese instante, un grupo de duendes llamó a la puerta y Orestes les hizo pasar. Traían unas cajas con libros.

—No se queden ahí. ¡Pasen, por favor! —Los tres se

acercaron, colocando una a una cada caja que traían sobre el escritorio de Orestes.

—¿Y ahora qué pasó?

—Las musas dicen que estos libros no funcionaron.

—¿Y por qué?

—Dicen que tienen defecto de fabricación —respondió uno de los duendes con tono de resabido.

—¿Otra vez con esas? —exclamó Orestes bien enfadado—. Pues diles a esas hadas que no reclamen tanto y que trabajen más.

Al cabo de un rato, después de que los duendes tuvieran que retirarse de la oficina de Orestes con las mismas cajas con las que habían entrado y con cara de perro arrepentido, el director de la fábrica se dirigió nuevamente a Miguel.

—¿Por dónde íbamos, amigo?... Aaaaah... Me estabas comparando con tu profesor de Literatura... ¿Sabes? Me suele pasar. Siempre me confunden con alguien conocido. ¿Y qué es lo que te trae por aquí? Ya sé que no eres un guardián de los libros. Así que debes venir en nombre de Zeus. ¿Así es?

Miguel asintió con la cabeza.

—¿Y en qué puedo ayudarte?

Entonces le contó todo lo que le había ocurrido desde el día en que don Julián les había hecho traer un libro a clase. Orestes escuchaba con suma atención, como si no hubiera para él nada en el mundo más importante. Cuando Miguel

terminó de hablar, agarró unos frascos que guardaba en un rincón de su oficina y unos cuantos papeles.

—¿Sabes qué es esto? —le preguntó señalando en dirección a los frascos que acababa de colocar encima de su escritorio.

—¿Frascos? —preguntó Miguel con ingenuidad.

—¡Sí! Son frascos, ¿pero sabes qué llevan en su interior?

—No, no sé…

De repente, Orestes comenzó a vaciar el contenido de los frascos sobre los papeles, y de la misma manera que ocurría con los libros inacabados que trasladaban las cintas transportadoras, multitud de letras comenzaron a caer sobre las hojas, formándose en ellas palabras y frases con sentido. Cuando ya no había nada en el interior de los frascos, Orestes comenzó a leer el texto, que mágicamente se había creado con enormes letras:

El secreto de los libros es el secreto que tu corazón busca. Únicamente podrás hallarlo en el interior del vagón de un tren: el tren de las cosas perdidas, donde hasta se puede encontrar lo que sin saber se dejó de tener. Busca en el vagón trescientos treinta y tres y lo que te hace sufrir, de inmediato lograrás invertir.

—¿El tren de las cosas perdidas? —preguntó Miguel, admirado.

—Así es. ¿Y sabes qué es lo que carga el vagón trescientos treinta y tres?

—Mmmmm... ¿Lápices de colores? —respondió diciendo lo primero que le vino a la cabeza.

—¡No! —dijo Orestes enérgicamente—. ¡Libros! ¡Son libros!

—¿Libros? ¡No puede ser! —exclamó Miguel, atónito.

—Sí, sí puede ser. Es más, así es. Aquello que tiene el poder de curarte se encuentra en un libro. Cuando lo encuentres, todo volverá a ser como antes —afirmó Orestes con impertérrito tono de voz.

—¿Y dónde puedo encontrar ese tren?

—Muy buena pregunta. No es complicado de encontrar. Lo complicado es subirte a él. Para ello necesitas un boleto.

—¿Cómo?

—Sí, un boleto, como para subir a cualquier tren.

—¿Y es muy caro?

—No, no es caro. Pero si quieres el boleto deberás ir a visitar a un señor para poder obtenerlo. Él es el único en el mundo que puede ayudarte con eso. Y has tenido suerte, porque es amigo mío.

—¿De verdad? ¿Y cómo se llama? ¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Se llama Jerónimo Bustamante. Aquí tienes su dirección —le dijo Orestes, al tiempo que la apuntaba en una hoja de papel que había sobre su mesa.

Calle Asurbanipal. Cerca de la plaza de los pintores. Segundo bloque azul junto a la ferretería, leyó Miguel.

—Pero eso no está muy lejos de mi casa...

—No olvides llevarle una bolsa grande de cosas de esas que llamáis «inservibles» o «desperdicios».

—¿Cómo?

—Mi amigo se dedica a rescatar cosas que nadie quiere. Bueno, ya verás a qué me refiero cuando le conozcas. Ahora ya no hay tiempo que perder. Debes ir en su busca antes de que tu problema se haga crónico.

—¿Eso puede pasar?

—Nunca se sabe... Es mejor que no dejes que pase demasiado tiempo.

—Está bien —respondió Miguel—, pero antes de marcharme me gustaría saber algo más.

—¡Claro! ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿A dónde llevan los duendes todos esos libros una vez que salen de esta fábrica?

—¿A dónde los llevan?... ¡Eres un niño muy curioso! —exclamó Orestes—. Su destino es el castillo de las musas.

—¿Las musas?

—Sí, son unas hadas, las más hermosas de todas. Ellas se encargan de recibir los libros de los duendes.

—¿Y luego? —volvió a preguntar Miguel.

—Luego se cuelan con los libros en los dormitorios de los escritores, mientras éstos duermen.

—¿Escritores? ¿Qué escritores?

—Los escritores cuyos libros no estaban terminados. Las musas les susurran al oído las palabras que les faltaban para que cuando se despierten puedan continuar su trabajo hasta terminarlo.

A Miguel le parecía algo increíble. Por un momento se imaginó la habitación de su madre con una musa dentro mientras ella dormía.

Entonces se acordó de algo que había olvidado por completo.

—¡Mi madre! —exclamó. Se acababa de acordar de que se había quedado esperándole fuera de la librería. Debía de estar muy preocupada. ¡Seguro que habría llamado a la policía!

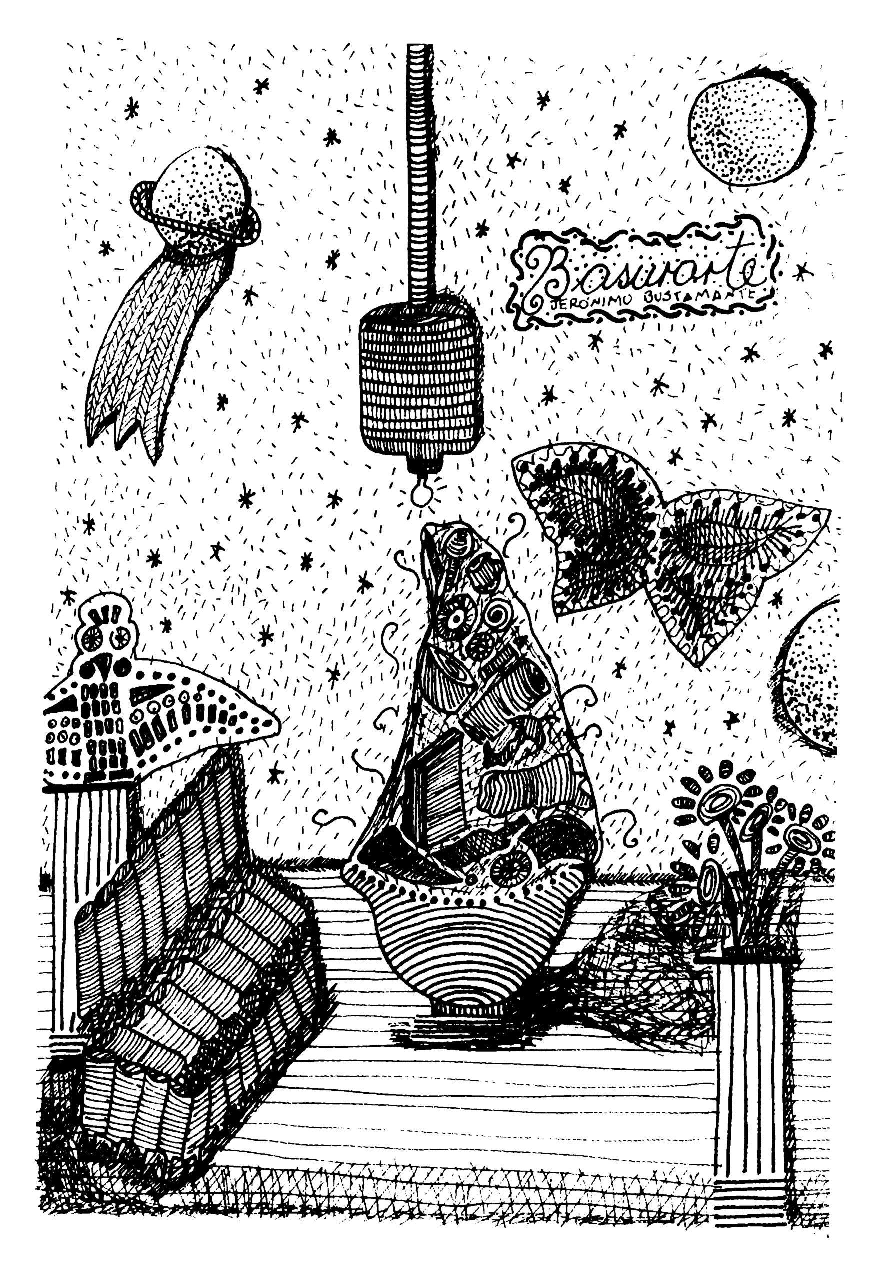
—No te preocupes. Ella está esperándote tranquilamente.

Lo dice Miguel a Orestes.

—Más vale, porque ella nunca habría permitido que viniera a un lugar tan… —No sabía qué palabra utilizar.

—¿Raro, extraño, loco? —sugirió Orestes.

—¡Asombroso! —respondió Miguel, quien se sentía demasiado cansado... Calculó que debían ser ya las cinco o seis de la mañana en el mundo que había abandonado hacía bastantes horas atravesando aquella puerta-libro.


Basurarte
JERÓNIMO BUSTAMANTE

V

El contenedor de la calle Asurbanipal

Lo que parecía ser una librería cualquiera, había terminado siendo un auténtico templo de la Literatura. Y quien parecía un simple librero había acabado siendo el jefe de una organización secreta que Miguel nunca se habría imaginado que existiera. Por no hablar de los duendes, los vigilantes, el señor de los innumerables ojos y brazos, Orestes… A Miguel le costaba trabajo creer que todo aquello le hubiera pasado a él. Cuando regresó al mismo punto donde el librero le había dejado, ya no había nadie. Afortunadamente, todas las puertas que había atravesado la noche anterior, seguían abiertas, como la puerta de la librería. «¿Dónde se habrá metido este hombre?», pensó mientras volvía nuevamente a la calle donde se había despedido de su madre hacía casi doce horas. Sorprendentemente, Rosa le estaba esperando en su auto. Zeus le había pedido que fuera a buscarle a primera hora de la mañana. Durante el viaje de vuelta a casa tuvo que morderse la lengua al menos diez veces para evitar que algo de lo que le había acontecido saliera de sus labios. Nunca había sido bueno guardando secretos,

por lo que en esta ocasión sus esfuerzos por no decir nada debieron multiplicarse. Pero su madre se lo puso fácil, puesto que en ningún momento le hizo ninguna pregunta, y se mostró tan tranquila que a Miguel le pareció que le habían cambiado de madre. «¿Qué le habrá contado este Zeus?», pensó para sí.

Por la tarde, después de dormir por lo que no había dormido la noche anterior, Miguel se fue a la plaza de los pintores en busca del amigo de Orestes. Después de saludar a los pintores, que trabajaban afanosamente retratando las caras de los turistas que inundaban por todas partes la plaza, Miguel volvió a leer la dirección: *Calle Asurbanipal. Cerca de la plaza de los pintores. Segundo bloque azul, junto a la ferretería.*

La ferretería fue lo primero que encontró, pero no halló ni rastro del edificio azul. Vio una casa de piedra cubierta de enredaderas, una casa sin tejado y una caseta hecha con placas de metal y trozos enormes de cartón, cuya puerta no se asomaba por ningún lado. Un anciano, que caminaba lentamente con la ayuda de un bastón de madera, pasó junto a él.

Miguel pensó que quizás podía ayudarle a encontrar el «bloque azul».

—Disculpe, señor. ¿Sabe usted dónde hay unos edificios azules en esta calle?

—¿Edificios azules? No, aquí no hay edificios azules. Lo único azul que hay son unos contenedores de basura.

Por si acaso, Miguel recorrió toda la vereda, pero no encontró nada. Entonces, se dio la vuelta, y al hacerlo se fijó en los contenedores que le había señalado el anciano con su bastón. En ese instante, se dio cuenta de que uno de ellos se movía de forma extraña, como si dentro de él se estuviera produciendo un terremoto. Barajó la idea de que los contenedores podrían ser los bloques azules.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Golpeó tres veces con su puño en la tapa del contenedor que no dejaba de moverse. La tapa se levantó, surgiendo de repente la cabeza de un señor vestido de pirata.

—¡Marinero! ¿Por qué osa perturbar la paz de mi navío? —vociferó, como si de verdad se tratara de un pirata y Miguel estuviera en un bote que navegara por el mar.

—Discúlpeme, señor. Busco a Jerónimo Bustamante. Me dijeron que vivía por aquí.

Respondió con la voz entrecortada. Aquella persona, fuera pirata o no, tenía un porte que imponía.

—Pruebe con aquel velero que navega a estribor. Tal vez con él tenga suerte, marinero.

—Muchas gracias…

—Llámeme Sir Wilkinson, por favor. En la mar todos me conocen por ese nombre.

Miguel se alejó a paso rápido, pues temía ser alcanzado por algún cañonazo. Había escuchado tantas historias de piratas y de lo traicioneros que éstos eran… Luego, se acercó con cautela al otro contenedor. No sabía qué era lo que iba a

encontrar ahora. Golpeó con su puño la tapa del contenedor. En esta ocasión sólo por una vez.

—¡Un momento! ¡Me estoy bañando!

Miguel escuchaba el ruido del agua cayendo, como si en realidad alguien se estuviera duchando dentro de él. ¿Pero cómo podía ser eso? ¿Dentro de un contenedor? Al cabo de un rato, la tapa por fin se abrió, dejando ver a un hombrecito de mediana edad con un gorro de baño en su pelada calva.

—¿Es por la *pizza*? ¿Cuánto te debo? —preguntó el pequeño individuo, que parecía sacado del cuento de *Blancanieves*.

—No, es por otra cosa. Tengo que hablar con usted. ¿Su nombre es Jerónimo Bustamante? —Estaba comenzando a perder la paciencia. Nadie le había avisado de que aquella calle iba a estar llena de locos por todas partes.

—¿No es una *pizza*? –volvió a preguntar, con un gesto de gran decepción que no se preocupó en ocultar.

—No —respondió secamente Miguel.

—¿Entonces qué es? ¿Qué me traes?

—¿Es usted o no Jerónimo Bustamante?

—Es posible. Depende de lo que me traigas.

—¿Y si es una bolsa llena de cosas?

—¿Una bolsa llena de cosas? ¿Por qué no lo dijiste antes?

El hombrecillo sacó casi la mitad de su cuerpo del contenedor, con intención de ver la bolsa que Miguel le traía.

—Déjame echarle un vistazo —dijo Jerónimo haciéndose el interesante.

Miguel le mostró la bolsa. Estaba llena de tantas cosas «inservibles»... Cajas, cartones, partes del ordenador de su madre que hacía tanto tiempo había dejado de funcionar...

—¡Es fantástico! —exclamó Jerónimo, lleno de júbilo.

—Vengo de parte de Orestes.

—¿En serio?

Jerónimo salió por completo del contenedor. Miguel se fijó en que llevaba una bata de estar por casa, así como unas zapatillas con forma de cocodrilo. Parecía ropa de niño, pero él no lo era. Como mínimo debía de tener cuarenta años cumplidos.

—¿Por qué no entras? Aunque no lo parezca, hay espacio más que suficiente para los dos —dijo al tiempo que levantaba la tapa de su original casa. Luego, le hizo un gesto con la mano para que pasara.

Miguel miró para un lado y para el otro, como si se avergonzara de lo que estaba a punto de hacer y quisiera asegurarse de que nadie le observara. Pero ¿cómo iba a entrar allá dentro? Tendría que ducharse por lo menos tres veces antes de irse a la cama. Mientras que pensaba en ello y en cómo alguien sería capaz de vivir entre basura, cerró los ojos, se tapó la nariz y se introdujo con inusitada agilidad en el interior del contenedor. Sin embargo, para su sorpresa, no había ningún rastro de desechos dentro. Estaba vacío por completo. Únicamente había un grifo en la parte superior,

por el que todavía caían algunas gotas de agua, y un hueco en el centro.

—Adelante, no temas. Sólo déjate caer. No te va a pasar nada.

Miguel, no sin dudarlo ni temerlo, le hizo caso: se dejó caer por el hueco que conectaba con una especie de tobogán cubierto, tan alargado que no dejó de descender por él durante más de diez minutos, que le parecieron horas. El tobogán dio paso a un gran pasadizo, al que fue a parar tras caer sobre unos colchones, estratégicamente ubicados en el suelo. Miró a su alrededor y vio que por todos lados había inmensas lámparas de lava, que iluminaban tenuemente un sinnúmero de hermosas esculturas. Cada escultura estaba hecha de basura. Aquel lugar era un auténtico museo del reciclaje.

—Bienvenido a mi casa. Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

—Miguel.

—Es un gusto conocerte, ¿Podrías decirme por qué Orestes te envía?

—Porque necesito que me ayudes con un boleto para el tren de las cosas perdidas.

—¿Un boleto? ¡Claro! Espérame un momento.

Jerónimo salió corriendo por uno de los tantos corredores que atravesaba la inmensa galería. Mientras, Miguel recorría con su mirada cada detalle de aquel fascinante pasadizo. Se dio cuenta de que las paredes estaban llenas de dibujos que evocaban el universo. Estrellas, planetas, satélites,

meteoritos, cometas... Parecía que a Jerónimo le gustaba mucho la astronomía y, sobre todo, se veía que era un artista increíble.

Al cabo de un rato, como Jerónimo no volvía todavía, Miguel decidió tomar asiento en un sillón hecho de botellas de vidrio. Aunque creyó que no iba a ser nada cómodo, se sorprendió cuando se sentó.

—¡Qué sillón más confortable! —dijo en voz alta.

Cuando por fin volvió Jerónimo, Miguel estaba a punto de dormirse.

—¿Hola?

—Hola, Jerónimo. Como estabas tardando me senté un momentito.

—¡Está bien! No te preocupes. Aquí tienes tu boleto. — Jerónimo le entregó una ficha de dominó.

—¿Qué es esto?

—¿No lo ves? Es una ficha de dominó. Lo que pasa es que Frankinstren las colecciona. Creo que no hay nadie en el mundo que tenga más fichas de dominó que él.

—¿Frankinstren?

—Sí, él es el maquinista del tren de las cosas perdidas.

—Así que colecciona fichas de dominó...

—Sí, y su sueño es hacer una fila de fichas que atraviese una ciudad entera y luego empujarlas.

—¡Suena divertido! —respondió Miguel, imaginándose las fichas cayéndose una tras otra a lo largo de una ciudad.

—¿Y qué se te ha perdido? —le preguntó Jerónimo lleno de curiosidad.

—Creo que un libro.

—¿Y no sabes de qué libro se trata?

—Pues no, la verdad. No tengo idea…

—¡Qué curioso eres! Ja, ja, ja, ja, ja. —Jerónimo estalló en una gran carcajada.

—No entiendo qué te hace tanta gracia —dijo Miguel un poco molesto.

—Perdóname. Es sólo que me parece gracioso que tengas que ir en busca de algo que perdiste, pero que ni siquiera te acuerdes de lo que es.

—Sí, así es… —respondió Miguel con seriedad.

—¿Te gusta leer? —Parecía que Jerónimo quería arreglar las cosas, pero no sabía que haciéndole aquella pregunta no iba por buen camino.

—No. No me gusta leer. Odio leer…

—¡Qué pena! Porque yo te quería regalar uno de mis libros… —dijo Jerónimo, al tiempo que le mostraba un libro que había estado escondiendo detrás de su espalda.

Al ver el libro, Miguel reaccionó como si fuera un vampiro al que le acabaran de mostrar un ajo o un crucifijo.

—¿A qué se debe esa cara de espanto?

—Discúlpame. No quería… ofenderte. Lo que pasa es que tengo una rara enfermedad que no me permite leer los libros…

—¿En serio? Nunca había escuchado nada parecido…

—Sí, así es... ¿Y de qué va el libro?

—Yo mismo lo escribí.

—¿De verdad? —le preguntó Miguel.

—Sí, en él hablo sobre lo que hago desde que era un niño: transformo la basura en basurarte.

—¿Basurarte?

Miguel no había oído nunca aquella palabra.

—Sí, así lo llamo yo. ¿Ves aquella mariposa?

Miguel miró donde Jerónimo señalaba y vio la escultura de una mariposa hecha con todo tipo de cosas: botellas, botones, pedazos de silla, trozos de metal, discos de vinilo, bombillas, latas de refrescos...

—¡Sí, es hermosa! —contestó.

—Pues es un ejemplo de lo que yo hago, que en mi libro explico con detalle. Hay muchos dibujos que enseñan a todos lo que pueden llegar a hacer con la basura.

Jerónimo mostró a Miguel uno de los dibujos que había en el libro. Era una bicicleta hecha con tornillos y piezas del motor de un avión.

—¡Qué interesante! Seguro que a muchas personas les encantaría leerlo —respondió fascinado.

De repente, Miguel se quedó paralizado. No podía ser cierto. Acababa de declarar que un libro podía llegar a resultar nada menos que algo interesante… Se sentía muy contrariado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Jerónimo, preocupado.

—Sí, es sólo que me acordé de algo.

—¿De qué te acordaste?

—No, de nada… Como te decía, creo que lo que haces es muy interesante —dijo Miguel esquivando la pregunta de Jerónimo.

Súbitamente, el artista le miró a los ojos y señaló con su mano hacia la pared.

—¿Ves todas aquellas estrellas dibujadas ahí?

—Sí, me gustan mucho…

—Si miras de noche al cielo, cuando no haya nubes, verás miles de ellas.

—Sí, es verdad. Muchas veces las he visto, y me encanta.

—¿Te parecen bellas?

—¿Las estrellas? ¡Claro! ¿A quién no le gustan las estrellas?

—¿Y sabías que nosotros, los humanos, y todas las cosas, hasta las más insignificantes, estamos hechos de polvo de estrellas?

—¿Cómo? ¿De verdad? No, no lo sabía…

—Pues sí, Miguel, la mayoría de los elementos de los cuales estamos hechos todos los seres de este planeta, fueron creados en las estrellas.

—Nunca supe sobre esto. Me parece algo increíble…

—Entonces… ¿Quieres decir que en cierta forma todos somos estrellas?

—Exacto. Todos somos estrellas. Pero las personas viven demasiado preocupadas, demasiado estresadas, para ver

más allá de lo que puede verse a simple vista. Por eso me dedico al basurarte. Porque quiero demostrar a quien tenga ojos para mirar que hasta lo más insignificante en apariencia puede llevar dentro de sí una semilla de incomparable belleza. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo. Es... —Miguel se había quedado sin palabras. Lo que hacía Jerónimo tenía ahora para él mucho más valor—. Es... ¡Fascinante! Realmente fascinante... —Tenía la sensación de haber encontrado la clave secreta que abría la puerta de un gran tesoro—. ¿Y de esto hablas en tu libro?

—Ajá, de eso hablo en mi libro...

Ambos permanecieron callados por un largo tiempo, absortos en sus pensamientos. Entonces, el zumbido de

un moscardón, proveniente de una bolsa de basura que había descendido por el inmenso tobogán, les hizo volver a los dos al presente. En ese instante, Jerónimo le propuso dar un paseo por toda la galería. A Miguel le pareció una idea extraordinaria.

Era casi de noche cuando llegó a la casa, con una gran sonrisa de oreja a oreja.



VI

El tren de las cosas perdidas

Durmió tan profundamente que cuando despertó tenía la sensación de haber viajado durante días a un país muy lejano. Quizás fuera así. A lo mejor había pasado una temporada en otro país o en otro planeta y no se acordaba de nada. Mientras pensaba en ello, unos tímidos rayos de sol consiguieron filtrarse por las rendijas de las persianas de su habitación. Entonces, su mente se concentró en el rostro de un hombre mayor. Era el rostro de un librero. Para muchos un librero más. Inteligente, encantador, perspicaz, pero un librero más. Para unos pocos, los que sabían lo que había más allá de esas arrugas milenarias, de esa mirada impenetrable, de esa barba enredadera que colgaba de sus bigotes… un genio, un sabio, un iluminado. Sí, Zeus era un hombre muy especial, que parecía ocultar un mundo dentro de él. Y esto, que Miguel intuía del librero, estaba comenzando también a intuir de los libros. Presentía que dentro de cada uno podía haber un mundo inexplorado, que de alguna manera comenzaba a tener ganas de conocer. ¿Por qué si no iban a dedicarle tanta atención todos aquellos

señores que se autodenominaban como sus guardianes? ¿Y por qué si no iba a existir aquel mundo tan maravilloso con todos aquellos seres extraordinarios que con tanto empeño trabajaban por el bien de la literatura? La visita que había hecho a Jerónimo y la conversación que habían mantenido sobre los libros, había sido para él un antes y un después. Aquel rechazo, aquella antipatía tan intensa que sentía hacia ellos, estaba comenzando a perder fuerza en él y por primera vez en la corta vida de la que él tenía conciencia, había experimentado el deseo de leer.

Cuando terminó de desayunar salió disparado a la calle hacia la parada de bus más cercana. Debía alcanzar a subirse al autobús cuya última parada se encontraba cerca de la antigua estación de tren. Años atrás había sido uno de los puntos más importantes de la ciudad. Aclamada por su original arquitectura, envidia de muchos y orgullo de pocos, había sido injustamente relegada al olvido cuando al alcalde más caprichoso de la historia se le ocurrió trasladar la estación junto a su casa. No fue ni por necesidad ni por voluntad del pueblo, sino porque a Lisandro Ciruelo, como así se llamaba el mandatario, le encantaban los trenes y quería tenerlos cerca.

Lo que no sabía el señor Ciruelo era que con su extravagante decisión estaba contribuyendo a otorgar un lugar para que arribase el tren de las cosas perdidas. Aquel tren, del que sólo sabían contadas personas en el mundo, tenía en Jerónimo Bustamante a uno de sus mejores proveedores de cosas extraviadas. A cambio, el artista recibía siempre su

cargamento de desechos, los cuales le permitían posteriormente dar rienda suelta a su mayor pasión: el basurarte.

Como habían quedado el día anterior, Miguel y Jerónimo se vieron a las once de la mañana.

El silbido de la mágica locomotora, que parecía contar con varios siglos de existencia, anunció que estaba entrando a la estación. Como una estrella fugaz que surge de la nada en mitad del cielo, apareció el tren. Y del tren, como luciérnaga que opaca con su fulgor la oscuridad de la noche, descendió el maquinista, cuya extraordinaria presencia dejó a Miguel perplejo.

Era grande, tan alto que podía causar tortícolis si se le veía mucho rato. Sus manos eran como tenazas, la espalda como un ascensor, la cabeza una caja fuerte y sus pies, descalzos, eran tan largos que parecían botas de esquí. Pero lo más extraño de todo era su cara. Miguel no había visto antes algo así. Parecía estar cosida, como la de los muñecos de trapo que tanto le gustaban cuando era niño.

Frankinstren no era amigo de las visitas inesperadas, por lo que Jerónimo, que sabía de su mal carácter, fue corriendo a advertirle de la presencia de Miguel. Tras una breve conversación, el artista le entregó la mercancía que llevaba. El maquinista le dio a cambio diez bolsas llenas de residuos. Después, Jerónimo le pidió a Miguel que se acercara.

—Te presento a mi amigo Frankinstren. Le he contado que tienes un billete para subir a su tren.

—Buenos días, señor. —Miguel no podía ocultar el miedo que le provocaba el singular hombretón que tenía delante.

El maquinista hizo una mueca queriendo dibujar una sonrisa y le extendió la mano. Miguel le correspondió, extendiendo también la suya, pero fue tan fuerte el apretón que pronto se arrepintió de haberle devuelto el saludo.

—Discúlpame si te rompí algún hueso. No era mi intención.

Tras despedirse de Jerónimo desde la cabina que ocupaba el maquinista, Miguel quiso saber dónde se encontraba el vagón en el que podía hallar el libro que había venido a buscar.

—Primero muéstrame tu billete y luego te diré cómo llegar al vagón trescientos treinta y tres. —Habló con tal seriedad que le hizo sentirse intimidado.

—Aquí lo tiene. —Temblando e intentando no cruzar su mirada con la de él, le entregó la ficha de dominó.

—Muy bien. Y ahora sí, te diré cómo dar con el vagón que buscas —contestó el maquinista, con un tono de voz más amigable.

A continuación, Frankinstren movió algunas palancas, lo que produjo un sonido ensordecedor. Poco a poco, la locomotora se puso en marcha, al tiempo que una gran columna de humo surgía por la chimenea, colocada justo en la parte delantera.

—¿Así que viniste en busca de un libro a mi tren?

—Ajá. Pero es raro, porque no recuerdo haber perdido nunca un libro...

Mientras hablaban, el tren había comenzado a elevarse. Uno a uno, los vagones habían dejado de circular por los raíles, empezando a transitar por el aire en dirección a las nubes, que aquella mañana cubrían el cielo casi por completo. Cuando el tren ya volaba por el cielo, como si se tratara de un avión, Miguel advirtió lo que estaba pasando.

—No tengas miedo. No va a pasarte nada —dijo el maquinista de un modo muy paternal. ¿Sería por la ficha de dominó que ahora estaba mucho más amable?—. No te puedo acompañar hasta el vagón donde está tu libro, pero no te preocupes que Violeta te guiará.

—¿Violeta? ¿Quién es Violeta? —preguntó Miguel.

—Ella es la azafata de nuestro tren.

—¿La azafata?

—Efectivamente. Nuestro tren tiene azafata. Y no cualquier azafata... Ella es estupenda. Y esto no lo digo porque sea mi hija, sino porque cumple muy bien con su trabajo. Pero ya está bien de tanta cháchara. Tu libro te está esperando —dijo Frankinstren, al tiempo que señalaba la puerta que éste debía atravesar para acceder al siguiente vagón. Luego, le extendió la mano nuevamente, aunque esta vez Miguel se despidió de él de lejos. No quería volver a sentir el dolor que antes había padecido. A continuación, Miguel abrió la

puerta que conectaba con el compartimento contiguo y, sin pensarlo mucho, la cruzó. Cuando la puerta, súbitamente, se cerró, advirtió que se encontraba en un lugar mucho más grande de lo que aparentemente habría juzgado por fuera y, aunque estaba vacío, por todas partes había sombras que no dejaban de moverse de un lado a otro. Eran sombras de personas, cada una de un tamaño y una forma diferente. Parecía que querían algo, pero Miguel no conseguía entender el qué.

—Están inquietas, porque no saben si vienes en busca de una de ellas.

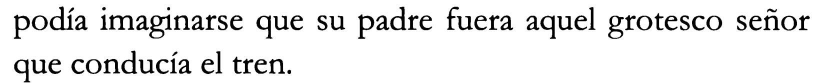
Miguel se dio la vuelta y vio a una chica. Parecía que tenía su edad y era delgada, de rasgos finos y elegantes, con una amable sonrisa y unos hermosos ojos azules.

—Tú debes de ser Miguel —le dijo ella.

—Ajá, soy Miguel. ¿Y tú quién eres? —En ese momento, se acordó de Elena, su compañera de clase. Se había jurado a sí mismo no volver a dirigir la palabra a una chica que le gustara... Pero ella le parecía tan guapa que pensó que siempre debía existir una excepción para toda regla, como les había enseñado don Julián en clases de Lengua al hablar de las reglas ortográficas.

—Yo me llamo Violeta, y soy la encargada de guiar a los viajeros que viajan en este tren.

A Miguel le costaba creer que ella fuera la hija del maquinista. Era tan dulce, tan delicada en sus gestos, que no



podía imaginarse que su padre fuera aquel grotesco señor que conducía el tren.

—Encantado. Perdona, Violeta, ¿me puedes decir qué son esas sombras?

—¡Claro! Las sombras que hay en este vagón son sombras que fueron extraviadas por sus dueños.

—¿De verdad?

—Así es. Cada una de las sombras fue perdida por alguien... Pobrecitas —dijo con pena.

—¿Y es tan normal que uno pueda perder su sombra?

—No es muy normal, pero pasa. Todo depende.

—¿De qué depende? —preguntó Miguel, lleno de curiosidad.

—Depende de lo despistado que uno sea.

—Nunca imaginé que alguien pudiera olvidarse de su sombra.

—Pues sí, a veces ocurre... Pero... ¿A ti lo que se te perdió no fue una sombra, verdad?

—No, es un libro, aunque no recuerdo haber perdido ninguno...

—¿Así que vienes a buscar algo que ni siquiera sabes que perdiste?

—Sí, ya sé que suena un poco raro... No eres la primera persona a la que le suena extraño, pero así es.

—¡Qué chico más curioso! —exclamó Violeta, dejando escapar una divertida y contagiosa risa—. ¡Sígueme! ¡Yo sé dónde encontrarlo!

Violeta empujó una pequeña puerta que había en la parte superior del compartimento. Luego, agarró una escalera de mano colocada en una esquina y con la agilidad de un felino trepó hasta que se situó sobre el techo del vagón.

—¡Vamos, ven! ¡No tengas miedo! —exclamó la chica, al tiempo que le ofrecía su mano para ayudarle a subir. Miguel trepó con la destreza de un chivo escalando una montaña.

Caminaron por encima de los vagones del tren, que circulaba pausadamente sobre un océano de nubes que parecía no terminar nunca. De cuando en cuando se detenían sobre las puertas superiores de los compartimentos y observaban a través de sus cristales lo que había en su interior.

—¿Ves este vagón?

—Sí. ¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Miguel.

—Aquí guardamos los nombres.

—¿Cómo? ¿También los nombres pueden perderse? — preguntó asombrado.

Violeta levantó la puerta superior del vagón, donde todo tipo de nombres flotaban de una parte a otra del habitáculo. Mientras, Miguel no dejaba de preguntarse cómo podía ser que algo así pudiera ocurrir.

—A veces sucede que después de años, alguien viene a reclamar su nombre.

—Espero que eso nunca me pase a mí —dijo con cara de preocupación.

Después de un rato filosofando sobre la importancia de no olvidarse del propio nombre, los dos chicos continuaron su particular recorrido por la parte superior del tren.

—Ya queda poco —señaló Violeta. Miguel comenzaba a dar muestras de cansancio, pues el tren era mucho más grande de lo que parecía en un principio.

De pronto la chica se dio la vuelta por completo y exclamó:

—¡Detente un momento! ¡Quiero que veas esto! —Miguel se quedó quieto como una estatua. Entonces, súbitamente, Violeta levantó la tapa de uno de los vagones—. Prepárate para descubrir la cosa más extraordinaria que has visto —dijo al tiempo que se deslizaba por la puerta superior del vagón.

—¡Vamos! ¡Baja! ¡No te quedes ahí parado! —volvió a gritar Violeta mientras terminaba de descender.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Miguel cuando sus pies tocaron por fin el suelo del vagón. Parecía bien extraño, pues estaba plagado de puertas por todos lados y no podía verse otra cosa.

—Son puertas —contestó la niña, como si le pareciera lo más obvio del mundo.

—Ya sé que son puertas. ¿Pero qué clase de puertas?

—Son puertas que dejaron de abrirse hace mucho tiempo. Tanto tiempo que fueron olvidadas, perdidas, quizás para siempre. De vez en cuando alguna de ellas desaparece. Y cuando esto ocurre es porque alguien, por fin, la encontró.

—¡Es increíble! ¿Y qué pasa si abro una? —preguntó Miguel, sin disimular la fascinación que este nuevo vagón le provocaba.

—¿Quieres que hagamos la prueba? —le interpeló Violeta, con una sonrisa cómplice.

—¡Por supuesto! ¡Hagamos la prueba! ¡Por favor! —le respondió, poniendo cara de gatito inocente.

Una a una, fueron abriendo las puertas que contenía el compartimento, descubriendo en cada ocasión algo extraordinario. Sarcófagos de pirámides nunca halladas por los exploradores, camarotes plagados de tesoros de barcos hundidos jamás encontrados, desvanes de casas abandonadas llenas de objetos misteriosos…

—¡Ha sido lo más divertido del mundo, Violeta!

—¡Qué pena que no puedas quedarte más tiempo! Me empiezas a caer bien. —Le lanzó una mirada tan encantadora que éste se ruborizó hasta que su cara adquirió el mismo color de su pelo.

Al cabo de un rato, cuando Miguel empezaba a creer que el tren de las cosas perdidas no tenía fin, Violeta se detuvo.

—Por fin. Llegamos.

Abrió la puerta que conectaba con el vagón donde se almacenaban los libros perdidos. Era inmenso. El más grande de los compartimentos de todos los que habían visitado. Se encontraba lleno de estanterías rebosantes de libros.

Miguel se dio cuenta que no había indicios de algún tipo de clasificación u organización entre los miles de textos literarios que allá tenían guardados, al contrario de lo que él había observado en las bibliotecas o librerías donde había estado antes.

—¿Y ahora, cómo vamos a encontrar mi libro? —preguntó angustiado.

—No te preocupes. ¡Es muy fácil!

—¿En serio?

—¡Hola, chicos! ¿Cómo están? —saludó Violeta.

En ese momento, todos los libros que estaban guardados en el vagón, salieron de sus respectivos lugares y comenzaron a flotar por el aire. Miguel no sabía si echarse o correr o lanzarse al suelo. Por un instante creyó que iba a ser víctima de un bombardeo de letras o algo parecido. Sin embargo, su danza aérea no duró mucho tiempo y nuevamente los libros regresaron a los rincones de los que habían salido.

—Aquí está con nosotros Miguel. Ha venido en busca de uno de vosotros.

—¿Ellos pueden entender lo que les dices? —preguntó con cara de asombro.

—Pues claro… ¿Acaso no lo sabías?

—Mmmmm… La verdad es que no.

—Bueno, pues ya va siendo hora de que lo sepas, amigo. Un libro es mucho más que unas cuantas hojas de papel y tinta.

La respuesta de Violeta le resultó a Miguel un poco cortante, por lo que permaneció en silencio durante un rato sin saber qué decir o cómo reaccionar a sus palabras.

—Sí, creo que eso ya lo tengo bastante claro. ¿Y qué es de mi libro? ¿Ya sabes dónde está?

—¿Qué sabes de tu libro, Miguel?

—No sé nada —le contestó, apesadumbrado.

—¿Y cuál es tu nombre completo?

—Miguel Cajamarca —respondió inmediatamente.

Súbitamente, salió de una de las estanterías un pequeño libro, que a la velocidad del rayo voló hasta colocarse en las manos de Violeta. Miguel lo reconoció enseguida, pues llevaba escrito su nombre en el dorso.

—Tómalo. Es tuyo.

—No, no puedo…

—¿Pero por qué? —le preguntó extrañada.

—Es una historia muy larga… Una maldición pesa sobre mí.

—¿En serio? ¿Una maldición? ¿Qué te pasó? ¿Qué hiciste?

En ese momento, la puerta del compartimento se abrió. Miguel se dio la vuelta para ver quién era, llevándose una grata sorpresa, al comprobar que se trataba del librero.

—No temas. Puedes cogerlo. Tus días como destructor de libros ya terminaron…

—¿De verdad? —preguntó Miguel, incrédulo.

—Sí, ya encontraste tu libro. Y tu libro es inmune a lo que deseaste, porque es un libro poderoso.

—¿Poderoso?

—«El secreto de los libros es el secreto que tu corazón busca». ¿Recuerdas esta frase?

—Sí, la recuerdo —respondió Miguel de inmediato.

—Es más fuerte lo que tu corazón busca que lo que tu corazón teme.

—¿Cómo? —Miguel no entendía muy bien lo que quería decirle el librero.

—¿Qué es lo que más temías cuando deseaste no tener que volver a leer un libro?

—No sé... Hacer el ridículo, aburrirme, perder el tiempo inútilmente...

—¿Y qué es lo que tu corazón en realidad buscaba y ha estado buscando hasta este momento? —Miguel se quedó inmóvil sin saber qué responderle.

—Ahora lee lo que hay escrito en tu libro y podrás responderme.

Entonces, el librero le pidió a Violeta que le entregara el libro a Miguel. Esta obedeció inmediatamente, como si estuviera esperando esa orden hacía rato.

Era un libro para niños. Apenas tendría treinta páginas, de las cuales la mayoría eran ilustraciones. El resto de hojas estaban escritas con letras grandes, como si se tratara de un libro para niños que comenzaban a aprender a leer.

—¿Este libro es mío?

—Sí, Miguel. Es tuyo. ¿No te acuerdas? —le preguntó Zeus.

—No, no recuerdo nada.

—Prueba a leer lo que alguien escribió para ti al final. Quizás entonces puedas recordar.

Miguel abrió el libro por la última página. Como Zeus le había dicho, parecía que alguien había escrito algo. ¿Pero cómo podía tener la certeza de que era para él? ¿No habría otro Miguel Cajamarca en el mundo?

—Lee —insistió el anciano.

—No sé si quiero leer lo que pone. Presiento que se trata de algo muy triste.

—No, Miguel, no es triste lo que pone. Es hermoso.

Miguel empezó a leer en voz alta:

Querido hijo:

¿Qué tal serás guardando secretos? Espero que seas bueno, porque hoy quiero confiarte uno muy grande: cuando tengas un libro entre tus manos, recuerda siempre que tienes un tesoro de incalculable valor. Tal vez no alimente tu cuerpo, pero sí tu espíritu y tu mente. Y aunque no tenga brazos para abrazar, te cuida. Y aunque no tenga boca para aconsejar, te prevé. Y aunque no tenga manos para ayudarte a no tropezar, te sostiene. No olvides nunca este gran secreto. Quizás ahora no entiendas mis palabras, pero algún día lograrás hacerlo. Te quiere, tu padre.

Miguel se quedó paralizado. La quietud de una estatua no era nada al lado de su estático semblante. Cientos de pensamientos e imágenes del pasado acababan de comenzar a aparecerse en su mente. Se vio a sí mismo con unos cuatro o cinco años. Vio a su padre, a su madre y, también, vio el libro que Zeus le estaba brindando. Vio mucho dolor y pena, una pena muy profunda. Y entonces, como un bebé que acaba de llegar al mundo, rompió en un llanto desconsolado. Luego, mientras Violeta le abrazaba, pudo recordar todo con claridad. Acababa de cumplir cinco años y era otoño. Su padre había salido de la casa dispuesto a comprarle por primera vez un libro. Iba a ser una sorpresa. Pero desgraciadamente, un terrible golpe del destino quiso que la sorpresa se convirtiera en tragedia. Después de visitar una librería, comprar el libro y escribir la dedicatoria, su padre sufrió un accidente de tráfico, que le hizo irse repentinamente de este mundo. Pasados unos días tras la desdichada muerte, Rosa quiso entregar el libro a su hijo, quien nada más verlo, sin abrirlo siquiera, lo lanzó por la ventana de su habitación, perdiéndolo de vista hasta aquel preciso instante, más de ocho años después del trágico suceso.

—¿Es doloroso, verdad? —preguntó Zeus, poniendo sus manos sobre los hombros de Miguel.

—Sí, lo es —respondió compungido y entre lágrimas.

—Ahora entiendes por qué no querías leer un libro, ¿verdad?

—Sí, lo entiendo... Fue muy duro para mí que pasara aquello...

—Ajá... y necesitabas a alguien o a algo a quien culpar... Así ocurre a veces. Pero la verdad es que los libros no se llevaron a tu padre.

—¿No se lo llevaron? —preguntó, más calmado.

—No, no se lo llevaron ellos. Se lo llevó la vida.

—¿La vida?

—Sí, la vida tiene un tiempo para todos. Para ti también lo tiene.

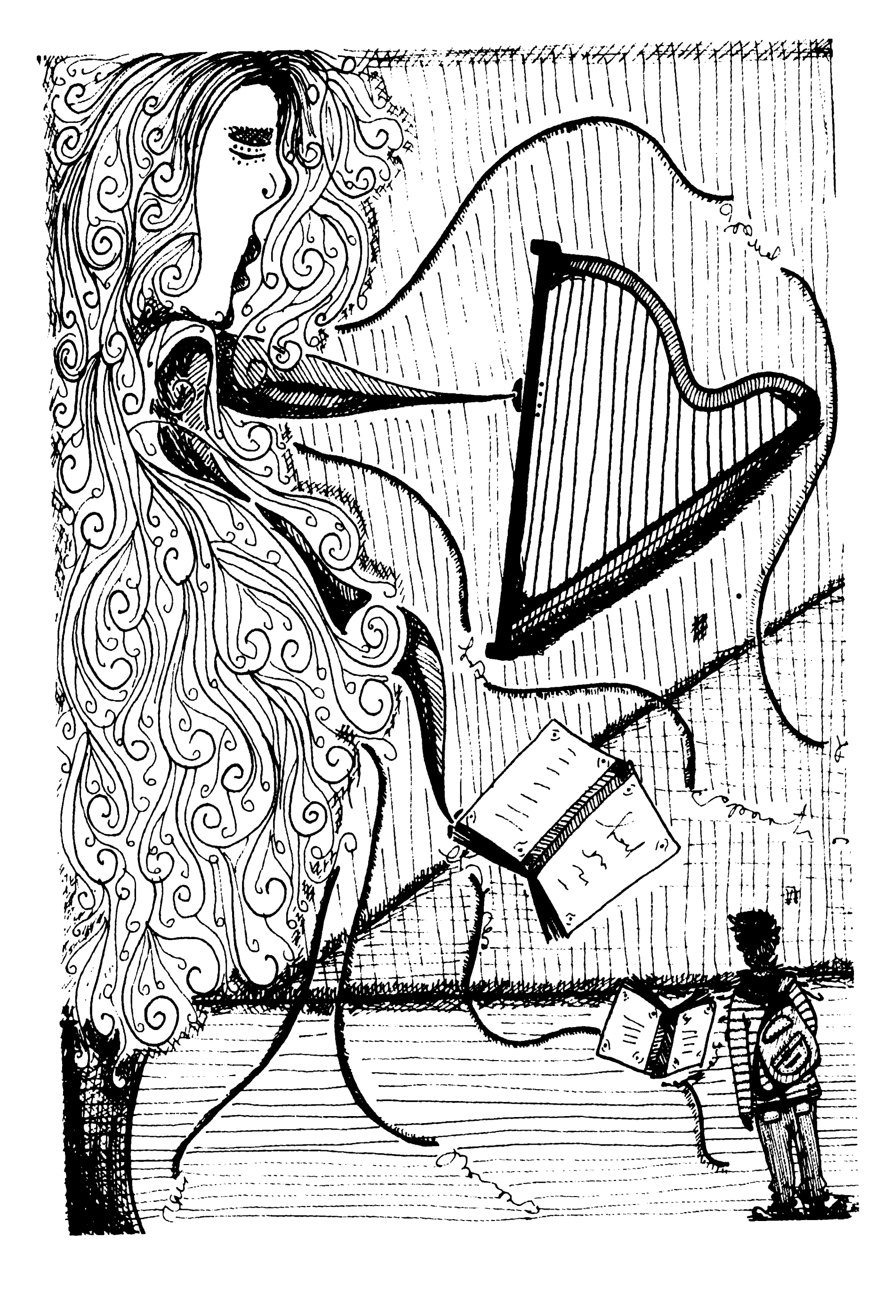
—Tal vez sea cierto lo que dices..., pero no me gusta pensarlo. Mi madre dice que los niños no deben pensar nunca en esas cosas.

—Tu madre en eso se equivoca, porque la vida sin esas cosas no es vida.

—¿Qué es entonces?

—Una fantasía, una ficción, una ilusión, pero no es la vida —respondió el librero.

—No es la vida —repitió Miguel—. No es la vida —volvió a repetir—. No es la vida —repitió por última vez.



VII

Una visita muy especial

Después de todo por lo que había pasado para poder volver a sostener un libro en sus manos sin que esto no fuera motivo de desastre alguno, Miguel creyó que la normalidad se adueñaría nuevamente de su vida. Sin embargo, una vez que logró deshacerse de aquella más que incómoda maldición y que descubrió las virtudes de quienes antes únicamente concebía como acumuladores de polvo, su vida no volvió a ser igual. Había encontrado algo más que especial. Algo que podía ser al mismo tiempo mil y una cosas. Tal vez, para la mayoría, un libro siguiera significando únicamente un manojo de hojas de papel inertes, pero para él ya no era así. Había encontrado un amigo que no le traicionaría jamás. Una escuela de sabiduría infinita, una fuente interminable de conocimiento, una máquina para viajar en el tiempo. Un profesor, un consejero, un médico, un amigo… Y lo más importante de todo: gracias a los libros había logrado encontrar algo que muchas personas buscan, pero que difícilmente acaban descubriendo, se había encontrado a sí mismo.

Aquel día, cuando regresó a su casa, su madre le estaba esperando con la cena lista. En otra ocasión, Miguel habría cogido los espaguetis con tomate, se habría sentado delante de la televisión y habría comenzado a jugar a su videojuego favorito. Pero esta vez saludó a su madre, se sentó junto a ella y conversaron casi hasta que la luna ya no estaba en el cielo. No hablaron de todas las cosas extraordinarias que le habían ocurrido a Miguel en los últimos días. Hablaron sobre el pasado. Miguel le preguntó a Rosa todo lo que no le había preguntado en años sobre su padre. Quería saber quién había sido aquel señor que repentinamente se había marchado cuando él apenas comenzaba a saber leer y escribir. Afortunadamente, el tiempo, del que cuentan que todo lo borra, no se había llevado la memoria de su padre. Rosa se acordaba de tantas anécdotas vividas con él que necesitaron muchos más días conversando para que Miguel pudiera tener una imagen de su padre mucho más nítida y viva de lo que hasta entonces había tenido.

Unos días más tarde, Miguel regresó a la librería Apolo. Quería saludar a Zeus y ponerle al día sobre todas las cosas que había descubierto últimamente sobre su padre. Sin embargo, cuando llegó, descubrió para su sorpresa que ya no se llamaba así. Ahora se llamaba Dante. En cuanto a Zeus, Miguel no encontró ni rastro de él. Al contrario, le atendió un librero bastante más joven, que le juró que llevaba años trabajando allí. Luego, al volver a casa, le contó a su madre lo que había pasado.

—Esa librería Dante lleva ahí mucho tiempo, hijo.

—¿Cómo? ¡No puede ser! ¿Y el libro que me compraste?

—¿De qué libro me hablas? —le respondió Rosa, que no entendía a qué libro se estaba refiriendo.

—¿No te acuerdas? ¡El de *La niña y el ruiseñor*!

—Ese libro era mi favorito cuando yo tenía tu edad, pero no sé de qué me hablas.

—¿Y Zeus?

—¿Zeus? ¿Quién es Zeus?

Miguel no comprendía qué estaba sucediendo. ¿Cómo no iba a saber su madre quién era Zeus? Por un momento, pensó que quizás estaba completamente loco y que él mismo se había imaginado todas las cosas que le habían estado aconteciendo últimamente. Sin embargo, aquella misma noche ocurrió algo que le hizo darse cuenta de que no estaba tan loco.

El reloj del salón acababa de marcar la una de la madrugada. En ese instante, Miguel escuchó un ruido muy extraño, como de una mosca muy grande. Entonces, tras recorrer toda la casa buscando el origen de aquel sonido sin hallar nada, entró en la habitación de su madre, que dormía profundamente. «Es ella», pensó para sí, después de escuchar un ligero ronquido de Rosa. Luego, se dio la vuelta para regresar nuevamente a su cuarto. Pero justo en el momento en el que se encontraba cruzando el umbral de su habitación, escuchó otra vez el mismo sonido. Inmediatamente,

corrió como una bala hacia el cuarto de su madre. Ahora no le cabía ninguna duda de que el ruido, fuera lo que fuera, venía de allá.

Se frotó los ojos varias veces. La belleza de aquel ser no podía ser humana. Sus ojos, su boca, su pelo, sus manos, eran demasiado perfectas para ser de este mundo.

—Hola —le dijo Miguel tímidamente. Ella no dijo nada, aunque sí le miró, regalándole una sonrisa que le hizo sentir una infinidad de cosquillas dentro de su barriga. Entonces, Miguel se dio cuenta. Aquella hermosa joven, postrada frente a la cama de su madre, con una pequeña arpa en una mano y un libro en la otra, era una musa. Por lo tanto, él no estaba loco. Todo lo que le había pasado era cierto, tan cierto como el libro que su padre le había regalado con aquella dedicatoria tan especial para él, libro que no dejaría de acompañarle sobre su mesita de noche durante el resto de su vida.

Fin

CUADERNO DE TRABAJO

EL TREN DE LAS COSAS PERDIDAS: ACTIVIDADES

I. Actividades de comprensión lectora

I.I Rodea con un círculo las cosas que encuentra Miguel en el tren de las cosas perdidas:

. Zapatos
. Sueños
. Nombres
. Pijamas
. Libros
. Pensamientos

. Sombras
. Lápices
. Relojes
. Puertas
. Sombreros
. Dientes

I.II Escribe V si consideras que la afirmación es verdadera o F si crees que es falsa:

. Delfos es el nombre del director de la fábrica de la inspiración. ☐
. El boleto de Miguel para subirse al tren de las cosas perdidas es una ficha de dominó. ☐
. Violeta es el nombre de la sobrina del maquinista del tren de las cosas perdidas. ☐
. La librería Apolo se encuentra en la zona más moderna de la ciudad. ☐

I.III Responde a las siguientes preguntas:

a) ¿Qué le gusta menos a Miguel que los libros al principio de la historia?

____

b) ¿De qué dios griego es la estatua que existe en la sala donde se congregan los guardianes de los libros?

____

c) ¿Cómo se llama el maquinista del tren de las cosas perdidas?

____

d) ¿Cómo se llama el personaje que transforma la basura en "basurarte"?

____

e) ¿Cómo se titula el libro que Rosa le regala a Miguel?

____

f) ¿Qué desea Miguel en el pozo de los deseos?

____

____

II. Actividades para reflexionar

a) Si pudieras subirte al tren de las cosas perdidas ¿qué te gustaría encontrar?

____

____

____

____

____

____

____

____

____

____

b) ¿Crees que los libros son el más vivo ejemplo de las cosas inútiles? Razona tu respuesta

____

____

____

____

____

____

____

____

____

____

III. Actividades para conocer

III.I Relaciona con líneas las palabras que se correspondan:

Musa ◉	◉Templo griego dedicado al Dios Apolo
Delfos ◉	◉Hijo del rey Agamenón según la literatura griega
Asurbanipal ◉	◉Rey de los dioses de la mitología griega
Zeus ◉	◉Divinidad griega, fuente de inspiración de los artistas
Orestes◉	◉Creador de la biblioteca de Nínive y famoso rey de la Antigüedad que sabía leer y escribir

III.II En el tercer capítulo, Miguel descubre en una pared una gran hilera de cuadros de los escritores más celebres de la literatura. Busca al menos tres autores cuyos retratos no deberían faltar en la pared, indicando sus características principales:

1.____
____

2.____
____

3.____
____

IV. ACTIVIDADES PARA DIBUJAR

a) Elige un personaje de la historia y dibújalo como tú te lo imaginas:

b) Imagina tu escena favorita de la historia y dibújala:

Índice

BIOGRAFIA

De origen español, ecuatoriano de corazón y de alma universal. No es casualidad que su obra tenga referencias a Miguel de Cervantes, pues Javier encontró en la ilustre obra del célebre escritor español al personaje literario más inspirador y admirable de la literatura, de quien aprendió la singular costumbre de llevar siempre por montura su propia quimera. De él también aprendió la importancia de la nobleza de espíritu, más allá de las riquezas materiales o mundanas, así como el supremo valor de la libertad, auténtico santo grial de los buscadores de tesoros intangibles. A sus 35 años, presenta un currículum particularmente polifacético, habiendo trabajado en ámbitos muy diversos. Así, entre otras múltiples ocupaciones, se ha desempeñado como educador social, profesor, guionista, director de un festival de cine o gestor educativo.

Humanista convencido, optimista por naturaleza y poeta de vocación. Suya es la frase que dice: "la locura es la medicina de los cuerdos para no perder la cordura en un mundo de locos".

Todo comenzó cuando un alumno del autor le dijo con descaro que los libros no servían para nada. Esto no sólo le dejó bien preocupado, sino que le hizo plantearse muchas preguntas ¿Qué será que tienen esas criaturas de papel y tinta para provocar tanta antipatía? ¿Qué sería de su alumno si nunca más nadie le obligara a leer un libro en su vida? ¿Por qué deben existir los libros? ¿Son realmente necesarios o son objetos que deben desaparecer como tantos otros lo hicieron en los tiempos modernos? Una respuesta llevó a otra y luego a otra y para cuando quiso darse cuenta, "el tren de las cosas perdidas" ya se había detenido en su estación.

Tras el éxito cosechado en España en su primera edición, Javier Sarasola, pamplonica de nacimiento y quiteño de adopción, presenta la trepidante historia de Miguel, un adolescente rebelado contra la literatura. Una historia que te atrapará desde el principio hasta el final, llena de aventuras extraordinarias y bellamente ilustrada por la ecuatoriana Verónica López, esposa del escritor. Si eres de los que no se conforman con poco, aquí encontrarás lo que buscas. Un relato lleno de sorpresas que te hará reír, pensar, soñar y descubrir finalmente, en compañía de su protagonista, un secreto que cambiará para siempre tu manera de ver los libros.


ISBN: 978-9978-16-251-4
9 789978 162514